

Sembradores de Cambio



Discursos y mensajes del papa Francisco a los movimientos populares

Presentación del Papa Francisco (del libro “La irrupción de los movimientos populares. ‘Rerum novarum’ de nuestro tiempo”)

Discurso a los participantes en el I Encuentro mundial de movimientos populares, Roma 28 de octubre de 2014.

Discurso en el II encuentro mundial de los movimientos populares, Santa Cruz de la Sierra (Bolivia) 9 de julio de 2015.

Discurso a los participantes en el III encuentro mundial de movimientos populares, Roma 5 de noviembre de 2016.

Mensaje del papa Francisco al encuentro de movimientos populares en Modesto, (California) del 16 al 19 de febrero de 2017.

Carta a los movimientos populares en la Pascua 2020 (covid 19) 12 de abril 2020.

Discurso del papa francisco a los representantes de la sociedad civil de Paraguay, Asunción 11 de julio de 2015.

Síntesis final del papa Francisco (del libro “Soñemos juntos”)

Presentación

Durante el curso 2017-2018 compartimos con un grupo de alumnos del Estudio Teológico Agustiniiano de Valladolid un seminario titulado *“De Bergoglio a Francisco. El Papa leído en sus fuentes.”*¹ Allí pudimos acercarnos a la personalidad de Jorge Mario Bergoglio y a su experiencia de vida compartida con el pueblo y la Iglesia de Argentina, que son hoy una fuente de inspiración de su quehacer como Papa y una clave imprescindible para poder interpretar su pontificado.

Las colecciones de mensajes, un método habitual en el magisterio de Francisco

Una de las actividades de ese seminario fue leer algunas de las colecciones de mensajes que Francisco nos va regalando en su ministerio pastoral. Su enseñanza sobre la reforma de la Iglesia, las migraciones, las comunicaciones sociales, los movimientos populares, los sacramentos, la oración, la espiritualidad sacerdotal o el tipo de obispo que necesita la Iglesia, las va desarrollando en series de discursos dedicados al mismo tema a lo largo de los años.

Ya era una tradición, iniciada por S. Pablo VI, que lo papas dediquen las catequesis de las audiencias de los miércoles a algún tema que desarrollan semana a semana. Algunas de estas catequesis continuas tienen hoy gran importancia doctrinal, como **las que S. Juan Pablo II dedicó durante cinco años a la Teología del Cuerpo** y a la sexualidad humana. Otras sorprendieron, como las que Benedicto XVI dedicó a explicar el misterio de la Iglesia mediante las vidas de los santos. Actualmente Francisco las dedica a la oración y sus formas, como anteriormente hizo, por ejemplo, con cada uno de los sacramentos.

La novedad en el pontificado de Bergoglio es que utilice este método de los “discursos encadenados” o “series de discursos” en muchos campos de su ministerio pastoral. Así, desde el comienzo de su pontificado el papa Francisco sigue un plan que orienta sus enseñanzas en muchos campos de la pastoral de la Iglesia creando pequeños “cuerpos de doctrina” con sus mensajes,

¹ http://www.agustinosvalladolid.org/pdf/fc6076_Folleto%20Seminario%202017-2018%20Papa%20Francisco.red.pdf

Ese mismo curso y el siguiente repetimos la experiencia de estas lecturas continuas de los documentos de Francisco en el Máster de Doctrina Social de la Iglesia de la UPSA dentro de la asignatura “La nueva evangelización de lo social”.

homilias y discursos. Nos referimos a **colecciones de discursos y mensajes que se puede leer de corrido, como si fuesen un único escrito** en el que aborda alguno de sus puntos de su mayor interés.

Por ejemplo, en los **saludos de Navidad a la curia** de Roma ha ido desengranando los temas de **espiritualidad que sustentan la reforma de la Iglesia**, tan necesitada de abandonar la mundanidad y de conducirse como una “iglesia en salida” en un proceso de conversión pastoral. Nos ha enseñado allí cuáles son las principales “enfermedades espirituales” de nuestras comunidades, especialmente del clero y de los curiales, y cuáles las medicinas que nos llevan a una vida más evangélica.

Otro ejemplo claro está en sus **enseñanzas sobre las migraciones y sobre las redes sociales** y la evangelización en el ambiente digital. También en estos casos podemos leer de un tirón sus mensajes para las jornadas que cada año dedica la Iglesia a las migraciones o a las comunicaciones sociales. Al hacerlo descubriremos como en su conjunto estos mensajes nos ofrecen una visión completa de las propuestas de Francisco en estos dos campos, tanto de su discernimiento sobre los problemas que se dan allí, como en torno a las pistas para una acción comprometida en ellos desde el Evangelio y en la perspectiva de los últimos, o de las periferias como a él le gusta decir.

Por esta razón, en **Fratelli Tutti** (2020) no oculta que, entre otros objetivos, se propone “recoger en esta encíclica muchas de esas intervenciones situándolas en un contexto más amplio de reflexión” (nº 5) con lo cual la encíclica no sólo resume estas enseñanzas y les da profundidad, sino que, además, adquieren mayor rango doctrinal, pasando de estar en los documentos “menores” de su pontificado (discursos, mensajes, etc.) a tener el rango de Magisterio universal propio de una encíclica papal.

Uno de los temas más interesantes abordados en estas series de documentos de las que venimos hablando, tanto por su vitalidad como por su originalidad, ha sido, sin duda, el de sus **encuentros con los Movimientos Populares**. Por ese motivo, recogemos en este volumen el conjunto de esos textos para facilitar su difusión y lectura.

Discursos y mensajes del papa Francisco a los Movimientos Populares...

Presentamos juntos en este libro los **discursos y mensajes del papa Francisco a los Movimientos Populares**. Se trata de los tres discursos que les dirigió al encontrarse con ellos en 2014 y 2016 en Roma y en 2015 en Bolivia. Además **el mensaje** que envió al encuentro de movimientos populares en Modesto, (California) del 16 al 19 de febrero de 2017 y de **la carta** que les escribió el domingo de Pascua de 2020, en pleno confinamiento domiciliario por la pandemia de la covid 19. Por último el **discurso a la sociedad civil de Paraguay** en 2015 donde ahonda y completa los mismos temas

En sí mismos estos textos son un solo mensaje que va desarrollando progresivamente distintos temas articulados entre sí, temas que después han sido ampliados en las encíclicas **Laudato sí'** (2015) y **Fratelli Tutti** (2020), como puede verse fácilmente al **leerlos de corrido, con ayuda del índice que ofrecemos** al principio de esta publicación.

En una **visión de conjunto** lo que vamos a encontrar en ellos es lo siguiente:

- **En el primero**, celebrado en Roma, aborda el papel de los movimientos sociales **protagonizados por los mismos pobres** (no las actividades que las ONG u otros organizan para ellos); sus principales reivindicaciones para recuperar la dignidad que les arrebatan, sintetizadas en **“las tres T”: tierra,**

techo y trabajo; y el horizonte amplio de esta lucha en tres direcciones: la paz y la ecología, la transformación de raíz de un **sistema económico “que ya no se aguanta”** y la urgente necesidad de **revitalizar la democracia**.

- **En el segundo**, celebrado en Bolivia, aborda **la necesidad de un cambio** del que los movimientos populares son los principales creadores y protagonistas como **poetas sociales**, un cambio con dos tareas preferentes: lograr una economía al servicio de los pueblos y unir a estos pueblos en un camino de paz. Y subraya, de nuevo, que, más que en los poderosos, la esperanza del cambio está en los mismos pobres organizados.

- **En el tercer encuentro**, señala los obstáculos de este cambio, en tiempos de **populismos y polarización**, y cómo superarlos. Habla del **miedo** al otro que levante muros y del **amor** que tiende puentes. Aterrizza además en la necesidad de la **acción política al servicio del pueblo** promovida desde los movimientos populares, superando dos tentaciones: la de dejarse encorsetar en las **ideologías** y la de **corromperse**. Para terminar hablando de la actitud de servicio, la solidaridad y la humildad como las medicinas frente a ambas tentaciones en la acción social y política.

- **En el mensaje** dirigido a los movimientos populares reunidos en California aborda la cuestión de **los signos de los tiempos** y de la **atención samaritana al prójimo** y a las heridas que causa el sistema económico; así como la urgencia de cuidar la **ecología** y superar **los fundamentalismos**.

- **En la carta** con motivo de la pandemia el papa aborda de nuevo los temas que van a ser el centro de **Fratelli Tutti**, la encíclica que estaba escribiendo en ese momento: el reconocer al otro como el prójimo, **en la senda del buen samaritano**, y la necesidad de sanar las heridas que causan el sistema económico y los fundamentalismos.

- En el **discurso a la sociedad civil de Paraguay**, durante su viaje a este país, se encuentra con el mismo tipo de destinatarios y nos adelanta partes fundamentales de **Fratelli Tutti**, con algunos temas que no están en los primeros mensajes, como es la cuestión del **diálogo social** y la reconciliación para **construir el pueblo y la nación**, la escucha y el respeto a **las culturas** y la necesidad de una **justicia que venza a la corrupción**.

... con una presentación y una síntesis final del propio Papa

La colección de textos de Francisco recogidos en este volumen se inicia con **el prólogo que el mismo Papa elaboró** para un libro con comentarios a estos discursos de diversos profesores iberoamericanos, editado por la Pontificia Comisión para América latina, y que se tituló *“La irrupción de los movimientos populares. ‘Rerum novarum’ de nuestro tiempo”* (2019). En este prólogo el mismo Francisco nos da la **visión de conjunto y los objetivos** de sus encuentros con estas organizaciones surgidas del pueblo insistiendo en **la esperanza** que suponen en el mundo de hoy.

Y **como conclusión final**, a modo de resumen o síntesis de todo lo planteado, presentamos **unas páginas del libro “Soñemos juntos. El camino a un futuro mejor. Conversaciones con Austen Ivereigh”** (2020) que hablan precisamente de estos encuentros con los movimientos populares y de **su origen en Buenos Aires** con las eucaristías que Bergoglio celebraba en la plaza de la Constitución contra la trata de personas. Son unas páginas en las que el mismo papa nos **resume las enseñanzas** en los mensajes a los movimientos populares.

Lectura, diálogo, difusión y compromiso por el cambio

Lo que proponemos con esta colección de textos del papa Francisco que publicamos hoy es invitar a una lectura de los mensajes en su conjunto. Una **lectura compartida en grupos** y que sirva de estímulo a la acción transformadora en favor del Reino de Dios y su justicia.

Para ello hemos elaborado **un índice** que está al comienzo de este libro y permite ver los contenidos y la continuidad de los discursos, facilitando, además, la búsqueda concreta de cada uno de los temas que aborda. Con el mismo objetivo, los textos **remarcan en negrita algunas frases** que facilite la búsqueda de contenidos y la consulta rápida de los textos.

Esperamos, en definitiva, que a quienes vaya llegando este material les sea de utilidad, que sirva para la lectura personal y la formación de grupos que lo compartan para crecer en conciencia y compromiso.

En Olmedo, Valladolid (España)

Día 15 de mayo de 2021.

Fiesta de San Isidro Labrador.
130º aniversarios de la publicación de la *Rerum Novarum*.

José Ramón Peláez Sanz

Puedes contactar con nosotros en:

“La Doctrina Social de la Iglesia”

Canal de Youtube

<https://www.youtube.com/channel/UCY9TXnr56BMBoN5qHLg-Zg>

E-mail:

doneugenioemerino@gmail.com

Índice

Presentación	3
Las colecciones de mensajes, un método habitual en el magisterio de Francisco	3
Discursos y mensajes del papa Francisco a los Movimientos Populares.....	4
... con una presentación y una síntesis final del propio Papa.....	5
Lectura, diálogo, difusión y compromiso por el cambio.....	6
Índice	7
Presentación del Papa Francisco	9
Poetas sociales que no se resignan a sufrir	9
Una experiencia inédita de esperanza.....	10
Las tres T	11
Discurso a los participantes en el I Encuentro de movimientos populares, Roma 28 de octubre de 2014	13
Los pobres luchan contra la injusticia.....	13
Tierra	14
Techo.....	15
Trabajo	15
Paz y ecología.....	17
Este sistema ya no se aguanta	18
Revitalizar nuestras democracias	18
Discurso a los participantes en el II Encuentro de movimientos populares, Santa Cruz de la Sierra (Bolivia) 9 de julio de 2015	21
Necesitamos un cambio	21
Ustedes son sembradores de cambio.....	23
El contenido del cambio.....	25
Primera tarea, una economía al servicio de los pueblos.	25
Segunda tarea unir nuestros pueblos en el camino de la paz y la justicia.	26
El futuro de la humanidad no está únicamente en manos de los grandes dirigentes,	29
Discurso a los participantes en el III Encuentro mundial de movimientos populares, Roma 5 de noviembre de 2016	31

Superar el riesgo de las abstracciones.....	32
Primero: el terror y los muros.....	32
Segundo: el amor y los puentes.....	34
La bancarrota de la humanidad	35
La Política y sus riesgos: dejarse encorsetar y corromperse.	36
Enfrentar el miedo con una vida de servicio, solidaridad y humildad.....	37
Mensaje del papa Francisco al encuentro de movimientos populares en Modesto, (California) del 16 al 19 de febrero de 2017. 10 de febrero de 2017.....	39
Vivir y actuar en este momento.....	39
«¿Quién es mi prójimo?».....	40
Las heridas que provoca el sistema económico.	41
Ecología y fundamentalismo.....	41
Carta del papa Francisco a los movimientos populares en la pascua 2020 (covid 19), 12 de abril 2020.....	43
Un verdadero ejército invisible.....	43
Las personas que multiplican el pan.....	43
Constructores indispensables de ese cambio.....	44
Discurso del papa Francisco a los representantes de la sociedad civil de Paraguay, Asunción 11 de julio de 2015.....	45
Un pueblo que vive.	45
Jugarse la vida.	45
El diálogo como medio para forjar un proyecto de nación que incluye a todos.....	46
Acoger el clamor de los pobres para construir una sociedad más inclusiva.	48
Una economía toda en función de la persona y no en función del dinero.	49
La cultura de los pueblos	49
Justicia nítida y corrupción.	50
Estas palabras son para ti.	50
Síntesis final del papa Francisco	51
Los populismos que pretenden defender “la cultura cristiana”	51
La dignidad y la esperanza está en las periferias.....	52
Los movimientos populares: “un ejército invisible”	53
Lo vio como Arzobispo de Buenos Aires: La multitud seguía a Jesús.	53
Los cartoneros de Buenos Aires.....	54
Los descartados se organizan	55
Tierra	56
Techo.....	57
Trabajo	60

Presentación del Papa Francisco

Su prólogo al libro "La irrupción de los movimientos *populares*. 'Rerum novarum' de nuestro tiempo"

Estoy particularmente gozoso de dar la salida a este volumen, fruto de la reflexión a más voces, de un grupo de estudiosos de distintas extracciones y competencias, que han hecho una relectura de la experiencia de los llamados "Movimientos Populares", reconstruyendo la génesis, los eventos, el desarrollo y el significado que este ciclo de encuentros ha tenido. Un evento de verdad inédito en la historia reciente de la Iglesia, sobre el cual es útil volver.

Este archipiélago de grupos, asociaciones, movimientos, trabajadores precarios, familias sin techo, campesinos sin tierra, ambulantes, limpia-vidrios de los semáforos, artesanos de la calle, representantes de un mundo de pobres, de excluidos, de los no considerados, de irrelevantes, que tienen **olor "a barrio, a pueblo, a lucha"** representan, en el panorama de nuestro mundo contemporáneo, una semilla, un renuevo que como el grano de mostaza dará mucho fruto: la palanca de una gran transformación social.

Poetas sociales que no se resignan a sufrir

El **futuro de la humanidad** "no está únicamente en manos de los grandes dirigentes, las grandes potencias y las élites. Está fundamentalmente en manos de los pueblos, en su capacidad de organizarse y también en sus manos que riegan con humildad y convicción este proceso de cambio" (Discurso en el II Encuentro con los Movimientos Populares, Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia, 9 de julio de 2015).

Este pueblo de pequeños que he definido como "**poetas sociales**", hombres de la periferia, de una vez al centro, como es bien narrado en el volumen, con su propio bagaje de luchas desiguales y de sueños de resistencia, han venido a poner en la presencia de Dios, de la Iglesia y de los pueblos, una realidad muchas veces ignorada, que gracias al protagonismo y la tenacidad de su testimonio, ha salido a la luz.

Pobres que no se han resignado a sufrir en la propia carne de su vida la injusticia y el despojo sino que han escogido, como Jesús, dócil y humilde de corazón, de rebelarse pacíficamente "a manos desnudas" contra ello.

Los pobres no son solamente los **destinatarios preferidos** de la acción de la Iglesia, los privilegiados de su misión, sino que **también son sujetos activos**. Por eso tenía la intención de expresar, a nombre de la Iglesia, a esta galaxia de hombres y asociaciones, que **anhela la felicidad del "vivir bien" y no de aquel ideal egoísta de la "buona vida", mi genuina solidaridad**. Decidiendo acompañarlos en su caminar autónomo.

Esta red de movimientos transnacionales, transculturales y de diversas culturas religiosas representa una expresión histórica tangible, **en el modelo poliédrico** (*Evangelii gaudium*) donde a la base se encuentra un diverso paradigma social, el de la cultura del encuentro. Una **cultura que tiene que ver con el otro, el diverso a sí**. De la lectura de este volumen, que espero que ayude a tantos a comprender en profundidad, a dar mayor luz y significado al valor de estas experiencias, quiero brevemente subrayar algunos aspectos que me parecen importantes, en la esperanza que las palabras que les he dirigido a ellos hayan contribuido a solicitar en las conciencias de quienes rigen los destinos de este mundo, un renovado sentido de humanidad y de justicia, a mitigar las condiciones hostiles en las que los pobres viven en el mundo.

Una experiencia inédita de esperanza

Los Movimientos Populares, y esto es lo primero que quiero subrayar, en mi opinión representan una gran alternativa social, un grito profundo, un signo de contradicción, **una esperanza de que "todo puede cambiar"**. En su deseo de no uniformarse en ese sentido único centrado sobre la tiranía del dinero, mostrando con su vida, con su trabajo, con su testimonio, con su sufrimiento que es posible resistir, actuando con coraje buenas decisiones y a contracorriente. Me gusta imaginar este archipiélago de "descartados" del sistema, que está comprometiendo al planeta entero, como "centinelas" que — aún en lo oscuro de la noche — escrutan con esperanza un futuro mejor.

El momento que estamos viviendo está caracterizado por **un escenario inédito en la historia de la humanidad**, que he tratado de describir a través de una expresión sintética: "más que como una época de cambios, como **un cambio de época**", **que es necesario comprender**. Una de las manifestaciones más evidentes de esta mutación es la **crisis transnacional de la democracia liberal**, fruto de la transformación humana y antropológica, producto de la **"globalización de la indiferencia"**, a la que he aludido tantas veces, **ha generado un "nuevo idolo": el del miedo y la seguridad**, de donde hoy uno de los signos más tangibles es la familiaridad que tantos tienen con las armas y la cultura del desprecio, característica de nuestra época, que un notorio histórico de nuestro tiempo ha definido como: "la edad de la rabia". El miedo es hoy el medio de manipulación de las civilizaciones, el agente creador de xenofobias y de racismo. Un terror sembrado en las periferias del mundo, con saqueos, opresiones e injusticias, que explota como hemos visto en nuestro pasado reciente también en los centros del mundo Occidental.

Los Movimientos Populares pueden **representar una fuente de energía moral**, para revitalizar nuestras democracias, cada vez más claudicantes, amenazadas y puestas en mesa de discusión en innumerables factores

Una **reserva de "pasión civil", de "interés gratuito por el otro"**, capaz de regenerar un renovado sentido de participación, en la construcción de nuevos agregados sociales que afronten la solicitud,

mostrando una conciencia más positiva del otro. **El antídoto al populismo y a la política-espectáculo está en el protagonismo de los ciudadanos organizados**, en particular de aquellos que crean - como lo es en el caso de tantas experiencias presentes en los Movimientos - en su cotidianeidad, fragmentos de otros mundos posibles que luchan por sobrevivir a la oscuridad de la exclusión, de donde "crecerán árboles grandes, surgirán bosques tupidos de esperanza para oxigenar este mundo". (Encuentro con los Movimientos Populares, Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia, 9 de Julio de 2015).

Los Movimientos Populares expresan cómo **la "fuerza del nosotros" sea la respuesta a la "cultura del yo"** que mira únicamente a la satisfacción de los propios intereses, cultivando - a pesar de su propia precariedad - el sueño de un mundo distinto y más humano.

El crecimiento de las desigualdades, ahora globalizadas y transversales - y no solamente, económicas, sino sociales, cognitivas, relacionales e intergeneracionales -, es reconocido unánimemente como uno de los más graves desafíos con los cuales la humanidad tendrá que medirse en las próximas décadas. Fruto de **una economía cada vez más separada de la ética**, que privilegia el lucro y estimula la competencia, provocando una **concentración de poder y de riqueza, que excluye** y que pone a la puerta como "al pobre Lázaro" a miles de millones de hombres y mujeres.

El "presente" para millones de personas es hoy una condena, una prisión, marcada por la pobreza, por el despojo, por la falta de trabajo, pero sobre todo por la ausencia de futuro. **Un infierno al debemos ponerle fin**. En este sentido, los Movimientos Populares, - con su "resiliencia" - representan una resistencia activa y popular a este sistema indolátrico, que excluye y que degrada, y con su experiencia cuentan cómo la rivalidad, la envidia y la opresión no son necesariamente agentes de crecimiento, mostrando - por el contrario - que también la concordia, la gratuidad y la igualdad pueden hacer crecer el producto interno bruto.

Las tres T

El derecho a las "tres T": **tierra, techo, trabajo, derechos inalienables y fundamentales**, representan los pre-requisitos indispensables de una democracia no solo formal, sino real, en la cual todos los hombres, independientemente de su ingreso o de su posición en la escala social, son protagonistas activos y responsables, actores del propio destino. Sin participación, como algunos ensayistas contenidos en este libro han argumentado bien, **la democracia se atrofia, llega a ser una formalidad** porque deja fuera al pueblo de la construcción de su propio destino.

Quiero empeñar una palabra sobre la tercera de estas t, que según la Doctrina social de la Iglesia es un derecho sagrado. En los últimos años el mundo del trabajo ha cambiado vertiginosamente. Las recaídas antropológicas de estas transformaciones son profundas y radicales, y sus efectos no son del todo claros. Estoy convencido desde hace tiempo que en el mundo postindustrial **no hay futuro para una sociedad en la que solamente existe el "dar para tener" o el "dar por deber"**. Se trata "de crear una nueva vía de salida a la sofocante alternativa entre las tesis neoliberales y las neoestatales.

Los Movimientos Populares son, en este sentido, **un testimonio concreto, tangible, que muestra que es posible contrastar la cultura del descarte**, que considera a los hombres, mujeres, infantes y ancianos como excedencias inútiles — y muchas veces dañinas — del proceso productivo, a través de generar nuevas formas de trabajo, **centradas en la solidaridad y la dimensión comunitaria, en**

una economía artesanal y popular. Por todo esto he decidido unir mi voz y de sostener la causa de tantos que realizan los oficios más humildes — las más de las veces, privados del derecho de remuneración digna de la seguridad social y de una cobertura de pensiones

En este estado de parálisis y desorientación la participación política de los Movimientos Populares **puede vencer a la política de los falsos profetas, que explotan el miedo y la desesperación** y que predicán un bienestar egoísta y una seguridad ilusoria. Todo cuanto les he dicho a ellos, como bien demuestra este volumen, está **en plena sintonía con la Doctrina social de la Iglesia y con el Magisterio de mis predecesores.** Espero, en este sentido, que la publicación de este libro sea un modo para continuar — aunque sea a la distancia — a reforzar estas experiencias, que anticipan con sus sueños y con sus luchas, la urgencia de un nuevo humanismo, que ponga fin al analfabetismo de compasión y al progresivo eclipse de la cultura y de la noción de bien común.

.

Discurso a los participantes en el I Encuentro de movimientos populares, Roma 28 de octubre de 2014.

Buenos días de nuevo, estoy contento de estar entre ustedes, además les digo una confidencia, es la primera vez que bajo acá, nunca había venido. Como les decía, tengo mucha alegría y les doy una calurosa bienvenida.

Gracias por haber aceptado esta invitación para debatir tantos graves problemas sociales que aquejan al mundo hoy, ustedes que sufren en carne propia la desigualdad y la exclusión. Gracias al Cardenal Turkson por su acogida. Gracias, Eminencia, por su trabajo y sus palabras.

Los pobres luchan contra la injusticia

Este encuentro de Movimientos Populares es un signo, es un gran signo: vinieron a poner en presencia de Dios, de la Iglesia, de los pueblos, una **realidad muchas veces silenciada. ¡Los pobres no sólo padecen la injusticia sino que también luchan contra ella!**

No se contentan con promesas ilusorias, excusas o coartadas. **Tampoco están esperando de brazos cruzados la ayuda de ONGs**, planes asistenciales o soluciones que nunca llegan o, si llegan, llegan de tal manera que van en una dirección o de anestesiar o de domesticar. Esto es medio peligroso. Ustedes sienten que los pobres ya no esperan y **quieren ser protagonistas, se organizan, estudian, trabajan, reclaman y, sobre todo, practican esa solidaridad** tan especial que existe entre los que sufren, entre los pobres, y que nuestra civilización parece haber olvidado, o al menos tiene muchas ganas de olvidar.

Solidaridad es una palabra que no cae bien siempre, yo diría que algunas veces la hemos transformado en una mala palabra, no se puede decir; pero es una palabra mucho más que algunos actos de generosidad esporádicos. Es **pensar y actuar en términos de comunidad**, de prioridad de vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos. También es **luchar contra las causas estructurales de la pobreza**, la desigualdad, la falta de trabajo, la tierra y la vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales. Es **enfrentar los destructores efectos del Imperio del dinero**: los desplazamientos forzados, las emigraciones dolorosas, la trata de personas, la droga, la guerra, la violencia y todas esas realidades que muchos de ustedes sufren y que todos estamos

llamados a transformar. La solidaridad, entendida, en su sentido más hondo, **es un modo de hacer historia** y eso es lo que hacen los movimientos populares.

Este encuentro nuestro **no responde a una ideología. Ustedes no trabajan con ideas, trabajan con realidades** como las que mencioné y muchas otras que me han contado... tienen los pies en el barro y las manos en la carne. ¡Tienen olor a barrio, a pueblo, a lucha! Queremos que se escuche su voz que, en general, se escucha poco. Tal vez porque molesta, tal vez porque **su grito incomoda, tal vez porque se tiene miedo al cambio que ustedes reclaman**, pero sin su presencia, sin ir realmente a las **periferias**, las buenas propuestas y proyectos que a menudo escuchamos en las conferencias internacionales se quedan en el reino de la idea, es mi proyecto.

No se puede abordar el escándalo de la pobreza promoviendo **estrategias de contención que únicamente tranquilicen y conviertan a los pobres en seres domesticados e inofensivos**. Qué triste ver cuando detrás de supuestas obras altruistas, se **reduce al otro a la pasividad**, se lo niega o peor, se esconden negocios y ambiciones personales: **Jesús les diría hipócritas**. Qué lindo es en cambio cuando vemos en movimiento a Pueblos, sobre todo, a sus miembros más pobres y a los jóvenes. Entonces sí se siente el viento de promesa que aviva la ilusión de un mundo mejor. Que ese viento se transforme en **vendaval de esperanza**. Ese es mi deseo.

Este encuentro nuestro responde a un anhelo muy concreto, algo que **cualquier padre**, cualquier madre quiere para sus hijos; un anhelo que debería estar al alcance de todos, pero hoy vemos con tristeza cada vez más lejos de la mayoría: tierra, techo y trabajo. Es extraño pero si hablo de esto para algunos resulta que el Papa es comunista.

No se entiende que el **amor a los pobres está al centro del Evangelio. Tierra, techo y trabajo**, eso por lo que ustedes luchan, son derechos sagrados. Reclamar esto no es nada raro, es la doctrina social de la Iglesia. Voy a detenerme un poco en cada uno de éstos porque ustedes los han elegido como consigna para este encuentro.

Tierra

Tierra. Al inicio de la creación, Dios creó al hombre, custodio de su obra, encargándole de que la cultivara y la protegiera. Veo que aquí hay decenas de campesinos y campesinas, y quiero **felicitarlos por custodiar la tierra, por cultivarla y por hacerlo en comunidad**. Me preocupa la erradicación de tantos hermanos campesinos que sufren el desarraigo, y no por guerras o desastres naturales. El acaparamiento de tierras, la deforestación, la apropiación del agua, los agrotóxicos inadecuados, son algunos de los males que arrancan al hombre de su tierra natal. Esta dolorosa separación, que no es sólo física, sino existencial y espiritual, porque hay una relación con la tierra que está poniendo a la comunidad rural y su peculiar modo de vida en notoria decadencia y hasta en riesgo de extinción.

La otra dimensión del proceso ya global es el **hambre**. Cuando la **especulación financiera** condiciona el precio de los alimentos tratándolos como a cualquier mercancía, millones de personas sufren y mueren de hambre. Por otra parte se desechan toneladas de alimentos. Esto constituye un verdadero escándalo. El hambre es criminal, la alimentación es un derecho inalienable. Sé que algunos de ustedes reclaman una reforma agraria para solucionar alguno de estos problemas, y déjenme decirles que en ciertos países, y acá cito el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, **“la reforma agraria es además de una necesidad política, una obligación moral”** (CDSI, 300).

No lo digo solo yo, está en el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia. Por favor, sigan con la **lucha por** la dignidad de la familia rural, por el agua, por la vida y para que todos puedan beneficiarse de los frutos de la tierra.

Techo

Segundo, **Techo**. Lo dije y lo repito: una casa para cada familia. Nunca hay que olvidarse que Jesús nació en un **establo** porque en el hospedaje no había lugar, que su familia tuvo que abandonar su hogar y escapar a **Egipto**, perseguida por Herodes. Hoy hay tantas familias sin vivienda, o bien porque nunca la han tenido o bien porque la han perdido por diferentes motivos. **Familia y vivienda** van de la mano. Pero, además, un techo, para que sea **hogar**, tiene una dimensión comunitaria: y es el barrio... y es precisamente en el barrio donde se empieza a construir esa gran familia de la humanidad, desde lo más inmediato, desde la convivencia con los vecinos. Hoy vivimos en inmensas ciudades que se muestran modernas, orgullosas y hasta vanidosas. **Ciudades que** ofrecen innumerables placeres y bienestar para una minoría feliz... pero se le niega el techo a miles de vecinos y hermanos nuestros, incluso niños, y se los llama, elegantemente, "personas en situación de calle". Es curioso como en el mundo de las injusticias, abundan los eufemismos. No se dicen las palabras con la contundencia y la realidad se busca en el eufemismo. Una persona, una persona segregada, una persona apartada, una persona que está sufriendo la miseria, el hambre, es una persona en situación de calle: palabra elegante ¿no? Ustedes busquen siempre, por ahí me equivoco en alguno, pero en general, detrás de un eufemismo hay un delito.

Vivimos en ciudades que construyen torres, centros comerciales, hacen **negocios inmobiliarios...** pero abandonan a una parte de sí en las márgenes, las **periferias**. ¡Cuánto duele escuchar que a los asentamientos pobres se los margina o, peor, se los quiere erradicar! Son crueles las imágenes de los desalojos forzosos, de las topadoras derribando casillas, imágenes tan parecidas a las de la guerra. Y esto se ve hoy.

Ustedes saben que en las **barriadas populares** donde muchos de ustedes viven subsisten valores ya olvidados en los centros enriquecidos. Los asentamientos están bendecidos con una rica cultura popular: allí el espacio público no es un mero lugar de tránsito sino una extensión del propio hogar, un lugar donde generar vínculos con los vecinos. Qué hermosas son las ciudades que **superan la desconfianza enfermiza e integran a los diferentes** y que hacen de esa integración un nuevo factor de desarrollo. Qué lindas son las ciudades que, aun en su diseño arquitectónico, están llenas de espacios que conectan, relacionan, favorecen el reconocimiento del otro. Por eso, **ni erradicación ni marginación**: Hay que seguir en la línea de la **integración urbana**. Esta palabra debe desplazar totalmente a la palabra erradicación, desde ya, pero también esos proyectos que pretenden barnizar los barrios pobres, aprolijar las periferias y **maquillar las heridas sociales en vez de curarlas promoviendo una integración auténtica y respetuosa**. Es una especie de arquitectura de maquillaje ¿no? Y va por ese lado. Sigamos trabajando para que todas las familias tengan una vivienda y para que todos los barrios tengan una infraestructura adecuada (cloacas, luz, gas, asfalto, y sigo: escuelas, hospitales o salas de primeros auxilios, club deportivo y todas las cosas que crean vínculos y que unen, acceso a la salud –lo dije- y a la educación y a la seguridad en la tenencia.

Trabajo

Tercero, **Trabajo**. No existe peor pobreza material - me urge subrayarlo-, no existe peor pobreza material, que la que no permite ganarse el pan y priva de la dignidad del trabajo. El desempleo juvenil, la informalidad y la falta de derechos laborales no son inevitables, son resultado de una previa opción social, de un sistema económico que pone los beneficios por encima del hombre, si el

beneficio es económico, sobre la humanidad o sobre el hombre, son efectos de una cultura del descarte que considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar.

Hoy, al fenómeno de la explotación y de la opresión se le suma una nueva dimensión, un matiz gráfico y duro de la injusticia social; los que no se pueden integrar, los excluidos son desechos, “**sobrantes**”. Esta es la cultura del descarte y sobre esto quisiera ampliar algo que no tengo escrito pero se me ocurre recordarlo ahora. Esto sucede cuando al centro de un sistema económico está el dios dinero y no el hombre, la persona humana. Sí, al **centro de todo sistema social o económico tiene que estar la persona, imagen de Dios**, creada para que fuera el dominador del universo. Cuando la persona es desplazada y viene el **dios dinero sucede esta trastocación de valores**.

Y, para graficar, recuerdo una enseñanza de alrededor del año 1200. Un rabino judío explicaba a sus feligreses la historia de la torre de babel y entonces contaba cómo, para construir esta **torre de babel**, había que hacer mucho esfuerzo, había que fabricar los ladrillos, para fabricar los ladrillos había que hacer el barro y traer la paja, y amasar el barro con la paja, después cortarlo en cuadrado, después hacerlo secar, después cocinarlo, y cuando ya estaban cocidos y fríos, subirlos para ir construyendo la torre.

Si se caía un ladrillo, era muy caro el ladrillo con todo este trabajo, **si se caía un ladrillo era casi una tragedia nacional**. Al que lo dejaba caer lo castigaban o lo suspendían o no sé lo que le hacían, y si caía un obrero no pasaba nada. Esto es cuando la persona está al servicio del dios dinero y esto lo contaba un rabino judío, en el año 1200 explicaba estas cosas horribles.

Y respecto al descarte también tenemos que ser un poco atentos a lo que sucede en nuestra sociedad. Estoy repitiendo cosas que he dicho y que están en la *Evangelii Gaudium*. Hoy día, se descartan los chicos porque el nivel de natalidad en muchos países de la tierra ha disminuido o se descartan los chicos por no tener alimentación o porque se les mata antes de nacer, descarte de niños.

Se descartan los **ancianos**, porque, bueno, no sirven, no producen, ni chicos ni ancianos producen, entonces con sistemas más o menos sofisticados se les va abandonando lentamente, y ahora, como es necesario en esta crisis recuperar un cierto equilibrio, estamos asistiendo a un tercer descarte muy doloroso, el descarte de los jóvenes. Millones de jóvenes, yo no quiero decir la cifra porque no la sé exactamente y la que leí me parece un poco exagerada, pero millones de jóvenes descartados del trabajo, desocupados.

En los países de Europa, y estas si son estadísticas muy claras, acá en Italia, pasó un poquitito del 40% de jóvenes desocupados; ya saben lo que significa 40% de jóvenes, toda una generación, anular a toda una generación para mantener el equilibrio. En otro país de Europa está pasando el 50% y en ese mismo país del 50%, en el sur, el 60%, son cifras claras, óseas del descarte. Descarte de niños, descarte de ancianos, que no producen, y tenemos que sacrificar una generación de jóvenes, descarte de jóvenes, para poder mantener y reequilibrar un sistema en el cual en el centro está el dios dinero y no la persona humana.

Pese a esto, a esta cultura del descarte, a esta cultura de los sobrantes, tantos de ustedes, **trabajadores excluidos**, sobrantes para este sistema, **fueron inventando su propio trabajo** con todo aquello que parecía no poder dar más de sí mismo... pero ustedes, con su artesanidad, que les dio

Dios... con su búsqueda, con su solidaridad, con su trabajo comunitario, con su economía popular, lo han logrado y lo están logrando.... Y déjenme decírselo, eso **además de trabajo, es poesía**. Gracias.

Desde ya, todo trabajador, esté o no esté en el sistema formal del trabajo asalariado, tiene derecho a una **remuneración digna, a la seguridad social y a una cobertura jubilatoria**. Aquí hay cartoneros, recicladores, vendedores ambulantes, costureros, artesanos, pescadores, campesinos, constructores, mineros, obreros de empresas recuperadas, todo tipo de cooperativistas y trabajadores de oficios populares que están **excluidos de los derechos laborales**, que se les niega la posibilidad de sindicalizarse, que no tienen un ingreso adecuado y estable. Hoy quiero unir mi voz a la suya y acompañarlos en su lucha.

Paz y ecología

En este Encuentro, también han hablado de la **Paz y de Ecología**. Es lógico: no puede haber tierra, no puede haber techo, no puede haber trabajo si no tenemos paz y si destruimos el planeta. Son temas tan importantes que los Pueblos y sus organizaciones de base no pueden dejar de debatir. No pueden quedar sólo en manos de los dirigentes políticos. Todos los pueblos de la tierra, todos los hombres y mujeres de buena voluntad, tenemos que alzar la voz en defensa de estos dos preciosos dones: la paz y la naturaleza. La **hermana madre tierra** como la llamaba San Francisco de Asís.

Hace poco dije, y lo repito, que estamos viviendo la tercera guerra mundial pero en cuotas. Hay sistemas económicos que para sobrevivir deben hacer la guerra. Entonces se fabrican y se venden armas y, con eso los balances de las economías que sacrifican al hombre a los pies del ídolo del dinero, obviamente quedan saneados. Y no se piensa en los niños hambrientos en los campos de refugiados, no se piensa en los desplazamientos forzosos, no se piensa en las viviendas destruidas, no se piensa, desde ya, en tantas vidas segadas. Cuánto sufrimiento, cuánta destrucción, cuánto dolor. Hoy, queridos hermanas y hermanos, se levanta en todas las partes de la tierra, en todos los pueblos, en cada corazón y en los movimientos populares, el grito de la paz: ¡Nunca más la guerra!

Un sistema económico centrado en el dios dinero necesita también **saquear la naturaleza**, saquear la naturaleza, para sostener el ritmo frenético de consumo que le es inherente. El **cambio climático, la pérdida de la biodiversidad, la deforestación** ya están mostrando sus efectos devastadores en los grandes cataclismos que vemos, y los que más sufren son ustedes, los humildes, los que viven cerca de las costas en viviendas precarias o que son tan vulnerables económicamente que frente a un desastre natural lo pierden todo. Hermanos y hermanas: la creación no es una propiedad, de la cual podemos disponer a nuestro gusto; ni mucho menos, es una propiedad sólo de algunos, de pocos: la creación es un don, es un regalo, un don maravilloso que Dios nos ha dado para que cuidemos de él y lo utilicemos en beneficio de todos, siempre con respeto y gratitud. Ustedes quizá sepan que estoy preparando una encíclica sobre Ecología: tengan la seguridad que sus preocupaciones estarán presentes en ella. Les agradezco, aprovecho para agradecerles, la carta que me hicieron llegar los integrantes de la **Vía Campesina, la Federación de Cartoneros** y tantos otros hermanos al respecto.

Hablamos de la tierra, de trabajo, de techo... hablamos de trabajar por la paz y cuidar la naturaleza... Pero ¿por qué en vez de eso nos acostumbramos a ver cómo se destruye el trabajo digno, se desahucia a tantas familias, se expulsa a los campesinos, se hace la guerra y se abusa de la naturaleza? Porque en este **sistema se ha sacado al hombre, a la persona humana, del centro y se lo ha reemplazado por otra cosa**. Porque se rinde un culto idolátrico al dinero. Porque se ha globalizado la indiferencia, se ha globalizado la indiferencia: a mí ¿qué me importa lo que les pasa a

otros mientras yo defienda lo mío? Porque el mundo se ha olvidado de Dios, que es Padre; se ha vuelto huérfano porque dejó a Dios de lado.

Este sistema ya no se aguanta

Algunos de ustedes expresaron: **Este sistema ya no se aguanta**. Tenemos que cambiarlo, **tenemos que volver a llevar la dignidad humana al centro** y que sobre ese pilar se construyan las estructuras sociales alternativas que necesitamos. Hay que hacerlo con coraje, pero también con inteligencia. Con tenacidad, pero sin fanatismo. Con pasión, pero sin violencia. Y entre todos, enfrentando los conflictos sin quedar atrapados en ellos, buscando siempre resolver las tensiones para alcanzar un plano superior de unidad, de paz y de justicia. Los cristianos tenemos algo muy lindo, una guía de acción, un programa, podríamos decir, revolucionario. Les recomiendo vivamente que lo lean, que **lean las bienaventuranzas** que están en el capítulo 5 de San Mateo y 6 de San Lucas, (cfr. Mt 5, 3 y Lc 6, 20) y que lean el pasaje de **Mateo 25**. Se lo dije a los jóvenes en Río de Janeiro, con esas dos cosas tienen el **programa de acción**.

Sé que entre ustedes hay personas de distintas religiones, oficios, ideas, culturas, países, continentes. Hoy están practicando aquí la cultura del encuentro, tan distinta a **la xenofobia, la discriminación y la intolerancia** que tantas veces vemos. Entre los excluidos se da ese encuentro de culturas donde el conjunto no anula la particularidad, el conjunto no anula la particularidad. Por eso a mí me gusta la imagen del poliedro, una figura geométrica con muchas caras distintas. **El poliedro refleja la confluencia de todas las parcialidades** que en él conservan la originalidad. Nada se disuelve, nada se destruye, nada se domina, todo se integra, todo se integra. Hoy también están buscando esa síntesis entre lo local y lo global. Sé que **trabajan día tras día en lo cercano, en lo concreto, en su territorio**, su barrio, su lugar de trabajo: los invito también a continuar buscando esa perspectiva más amplia, que nuestros **sueños vuelen alto y abarquen el todo**.

De ahí que me parece importante esa propuesta que algunos me han compartido de que estos movimientos, estas experiencias de solidaridad que **crecen desde abajo**, desde el subsuelo del planeta, confluyan, estén más coordinadas, se vayan encontrando, como lo han hecho ustedes en estos días. Atención, nunca es bueno encorsetar el movimiento en estructuras rígidas, por eso dije encontrarse, mucho menos es bueno intentar absorberlo, dirigirlo o dominarlo; movimientos libres tiene su dinámica propia, pero sí, debemos intentar caminar juntos. Estamos en este salón, que es el salón del Sínodo viejo, ahora hay uno nuevo, y **sínodo quiere decir precisamente “caminar juntos”**: que éste sea un símbolo del proceso que ustedes han iniciado y que están llevando adelante.

Revitalizar nuestras democracias

Los movimientos populares expresan la necesidad urgente **de revitalizar nuestras democracias**, tantas veces secuestradas por innumerables factores. Es imposible imaginar un futuro para la sociedad sin la participación protagónica de las grandes mayorías y ese protagonismo excede los procedimientos lógicos de la democracia formal. La perspectiva de un mundo de paz y justicia duraderas nos reclama superar el asistencialismo paternalista, nos exige crear nuevas formas de participación que incluya a los movimientos populares y anime las estructuras de **gobierno locales, nacionales e internacionales con ese torrente de energía moral que surge de la incorporación de los excluidos en la construcción del destino común**. Y esto con ánimo constructivo, sin resentimiento, con amor.

Yo **los acompaño** de corazón en ese camino. Digamos juntos desde el corazón: Ninguna familia sin vivienda, ningún campesino sin tierra, ningún trabajador sin derechos, ninguna persona sin la dignidad que da el trabajo.

Queridos hermanas y hermanos: sigan con su lucha, nos hacen bien a todos. Es como una bendición de humanidad. Les dejo de recuerdo, de regalo y con mi bendición, unos rosarios que fabricaron artesanos, cartoneros y trabajadores de la economía popular de América Latina.

Y en este acompañamiento rezo por ustedes, rezo con ustedes y quiero pedirle a nuestro Padre Dios que los acompañe y los bendiga, que los colme de su amor y los acompañe en el camino dándoles abundantemente esa fuerza que nos mantiene en pie: esa fuerza es la esperanza, la esperanza que no defrauda, gracias.

Discurso a los participantes en el II Encuentro de movimientos populares, Santa Cruz de la Sierra (Bolivia) 9 de julio de 2015

Hermanas y hermanos, buenas tardes

Hace algunos meses nos reunimos en Roma y tengo presente ese primer encuentro nuestro. Durante este tiempo los he llevado en mi corazón y en mis oraciones. Y me alegra verlos de nuevo aquí, debatiendo los mejores caminos para superar las graves situaciones de injusticia que sufren los excluidos en todo el mundo. Gracias, Señor Presidente Evo Morales, por acompañar tan decididamente este Encuentro.

Aquella vez en **Roma sentí algo muy lindo: fraternidad, garra, entrega, sed de justicia**. Hoy, en Santa Cruz de la Sierra, vuelvo a sentir lo mismo. Gracias por eso. También he sabido por medio del Pontificio Consejo Justicia y Paz, que preside el Cardenal Turkson, que son muchos en la Iglesia los que se sienten más cercanos a los movimientos populares. Me alegra tanto ver la **Iglesia con las puertas abiertas a todos ustedes**, que se involucre, acompañe y logre sistematizar **en cada diócesis**, en cada Comisión de Justicia y Paz, una colaboración real, permanente y comprometida con los movimientos populares. Los invito a todos, Obispos, sacerdotes y laicos, junto a las organizaciones sociales de las periferias urbanas y rurales, a profundizar ese encuentro.

Dios permite que hoy nos veamos otra vez. La Biblia nos recuerda que Dios escucha el clamor de su pueblo y quisiera yo también volver a unir mi voz a la de ustedes: las famosas **“tres T”**: **tierra, techo y trabajo**, para todos nuestros hermanos y hermanas. Lo dije y lo repito: son derechos sagrados. Vale la pena, vale la pena luchar por ellos. Que el clamor de los excluidos se escuche en América Latina y en toda la tierra.

Necesitamos un cambio

1. Primero de todo, empecemos reconociendo que **necesitamos un cambio**. Quiero aclarar, para que no haya malos entendidos, que hablo de los **problemas comunes** de todos los latinoamericanos y, en general, también de toda la humanidad. Problemas que **tienen una matriz global y que hoy ningún Estado puede resolver por sí mismo**. Hecha esta aclaración, propongo que nos hagamos estas preguntas:

— ¿Reconocemos, en serio, que las cosas no andan bien en un mundo donde hay tantos campesinos sin tierra, tantas familias sin techo, tantos trabajadores sin derechos, tantas personas heridas en su dignidad?

— ¿Reconocemos que las cosas no andan bien cuando estallan tantas guerras sin sentido y la violencia fratricida se adueña hasta de nuestros barrios? ¿Reconocemos que las cosas no andan bien cuando el suelo, el agua, el aire y todos los seres de la creación están bajo permanente amenaza?

Entonces, si reconocemos esto, digámoslo sin miedo: necesitamos y queremos un cambio.

Ustedes —en sus cartas y en nuestros encuentros— me han relatado las múltiples exclusiones e injusticias que sufren en cada actividad laboral, en cada barrio, en cada territorio. Son tantas y tan diversas como tantas y diversas sus formas de enfrentarlas. Hay, sin embargo, **un hilo invisible que une cada una de las exclusiones**. No están aisladas, están unidas por un hilo invisible. ¿Podemos reconocerlo? Porque no se trata de esas cuestiones aisladas. Me pregunto si somos capaces de reconocer que **esas realidades destructoras responden a un sistema que se ha hecho global**. ¿Reconocemos que ese sistema ha impuesto la lógica de las ganancias a cualquier costo sin pensar en la exclusión social o la destrucción de la naturaleza?

Si esto es así, insisto, digámoslo sin miedo: queremos un cambio, **un cambio real, un cambio de estructuras**. **Este sistema ya no se aguanta**, no lo aguantan los campesinos, no lo aguantan los trabajadores, no lo aguantan las comunidades, no lo aguantan los pueblos... Y tampoco lo aguanta la Tierra, la hermana madre tierra, como decía san Francisco.

Queremos un cambio en nuestras vidas, en nuestros barrios, en el pago chico, en nuestra realidad más cercana; también un cambio que toque al mundo entero porque hoy la interdependencia planetaria requiere respuestas globales a los problemas locales. La **globalización de la esperanza**, que nace de los Pueblos y crece entre los pobres, debe sustituir a esta globalización de la exclusión y de la indiferencia.

Quisiera hoy reflexionar con ustedes sobre el cambio que queremos y necesitamos. Ustedes saben que escribí recientemente sobre los problemas del cambio climático. Pero, esta vez, quiero hablar de un cambio en otro sentido. Un cambio positivo, un cambio que nos haga bien, un cambio —podríamos decir— redentor. Porque lo necesitamos. Sé que ustedes buscan un cambio y no sólo ustedes: en los distintos encuentros, en los distintos viajes he comprobado que existe una espera, una fuerte búsqueda, **un anhelo de cambio en todos los pueblos del mundo**. Incluso dentro de esa minoría cada vez más reducida que cree beneficiarse con este sistema, reina la insatisfacción y especialmente la tristeza. Muchos esperan un cambio que los libere de esa tristeza individualista que esclaviza.

El tiempo, hermanos, hermanas, el tiempo parece que se estuviera agotando; no alcanzó el pelearnos entre nosotros, sino que hasta nos ensañamos con nuestra casa. Hoy la **comunidad científica acepta lo que desde hace ya mucho tiempo denuncian los humildes: se están produciendo daños tal vez irreversibles en el ecosistema**. **Se está castigando a la Tierra, a los pueblos y a las personas** de un modo casi salvaje. Y detrás de tanto dolor, tanta muerte y destrucción, se huele el tufo de eso que Basilio de Cesarea —uno de los primeros teólogos de la Iglesia— llamaba “el estiércol del diablo”, la ambición desenfrenada de **dinero que gobierna**. **Ese es “el estiércol del diablo”**. El servicio para el bien común queda relegado. Cuando el capital se convierte en ídolo y dirige las opciones de los seres humanos, cuando la avidez por el dinero tutela

todo el sistema socioeconómico, arruina la sociedad, condena al hombre, lo convierte en esclavo, destruye la fraternidad interhumana, enfrenta pueblo contra pueblo y, como vemos, incluso pone en riesgo esta nuestra casa común, la hermana y madre tierra.

No quiero extenderme describiendo los **efectos malignos de esta sutil dictadura**: ustedes los conocen. Tampoco basta con señalar las causas estructurales del drama social y ambiental contemporáneo. Sufrimos cierto **exceso de diagnóstico que a veces nos lleva a un pesimismo charlatán** o a regodearnos en lo negativo. Al ver la crónica negra de cada día, creemos que no hay nada que se puede hacer salvo cuidarse a uno mismo y al pequeño círculo de la familia y los afectos.

¿Qué puedo hacer yo, cartonero, catadora, pepenador, recicladora frente a tantos problemas si apenas gano para comer? **¿Qué puedo hacer yo** artesano, vendedor ambulante, transportista, trabajador excluido, si ni siquiera tengo derechos laborales? **¿Qué puedo hacer yo**, campesina, indígena, pescador, que apenas puedo resistir el avasallamiento de las grandes corporaciones? **¿Qué puedo hacer yo desde mi villa, mi chabola, mi población**, mi rancherío, cuando soy diariamente discriminado y marginado? **¿Qué puede hacer ese estudiante, ese joven, ese militante, ese misionero** que patea las barriadas y los parajes con el corazón lleno de sueños pero casi sin ninguna solución para sus problemas? Pueden hacer mucho. Pueden hacer mucho. Ustedes, los más humildes, los explotados, los pobres y excluidos, pueden y hacen mucho. Me atrevo a decirles que **el futuro de la humanidad está, en gran medida, en sus manos, en su capacidad de organizarse y promover alternativas creativas**, en la búsqueda cotidiana de las “tres T”. ¿De acuerdo? Trabajo, techo y tierra. Y también, en su participación protagónica en los grandes procesos de cambio, cambios nacionales, cambios regionales y cambios mundiales. ¡No se achiquen!

Ustedes son sembradores de cambio

2. Segundo. Ustedes son sembradores de cambio. Aquí en Bolivia he escuchado una frase que me gusta mucho: “proceso de cambio”. El cambio concebido no como algo que un día llegará porque se impuso tal o cual opción política o porque se instauró tal o cual estructura social. Dolorosamente sabemos que un **cambio de estructuras que no viene acompañado de una sincera conversión de las actitudes y del corazón termina a la larga o a la corta por burocratizarse, corromperse y sucumbir**. Hay que cambiar el corazón. Por eso me gusta tanto la imagen del proceso, los procesos, donde la pasión por sembrar, por regar serenamente lo que otros verán florecer, reemplaza la ansiedad por ocupar todos los espacios de poder disponibles y ver resultados inmediatos. La opción es por **generar procesos y no por ocupar espacios**. Cada uno de nosotros no es más que parte de un todo complejo y diverso interactuando en el tiempo: pueblos que luchan por una significación, por un destino, por vivir con dignidad, por “vivir bien”, dignamente, en ese sentido.

Ustedes, desde los movimientos populares, asumen las labores de siempre motivados por el amor fraterno que se rebela contra la injusticia social. Cuando **miramos el rostro de los que sufren**, el rostro del campesino amenazado, del trabajador excluido, del indígena oprimido, de la familia sin techo, del migrante perseguido, del joven desocupado, del niño explotado, de la madre que perdió a su hijo en un tiroteo porque el barrio fue copado por el narcotráfico, del padre que perdió a su hija porque fue sometida a la esclavitud; cuando recordamos esos “rostros y esos nombres”, se nos estremecen las entrañas frente a tanto dolor y nos conmovemos, todos nos conmovemos... Porque “hemos visto y oído” no la fría estadística sino las heridas de la humanidad doliente, nuestras heridas, nuestra carne. Eso es muy **distinto a la teorización abstracta o la indignación elegante. Eso nos conmueve, nos mueve y buscamos al otro** para movernos juntos. Esa emoción hecha acción

comunitaria no se comprende únicamente con la razón: tiene un plus de sentido que sólo los pueblos entienden y que da su mística particular a los verdaderos movimientos populares.

Ustedes **viven cada día empapados en el nudo de la tormenta humana**. Me han hablado de sus causas, me han hecho parte de sus luchas, ya desde Buenos Aires, y yo se lo agradezco. Ustedes, queridos hermanos, trabajan muchas veces en lo pequeño, en lo cercano, en la realidad injusta que se les impuso y a la que no se resignan, oponiendo una resistencia activa al sistema idolátrico que excluye, degrada y mata. Los he visto trabajar incansablemente por la tierra y la agricultura campesina, por sus territorios y comunidades, por la dignificación de la economía popular, por la integración urbana de sus villas y asentamientos, por la autoconstrucción de viviendas y el desarrollo de infraestructura barrial, y en tantas actividades comunitarias que tienden a la reafirmación de algo tan elemental e innegablemente necesario como el derecho a las “tres T”: tierra, techo y trabajo.

Ese arraigo al barrio, a la tierra, al oficio, al gremio, ese reconocerse en el rostro del otro, esa proximidad del día a día, con sus miserias, porque las hay, las tenemos, y sus heroísmos cotidianos, es lo que permite ejercer el mandato del amor, no a partir de ideas o conceptos sino a partir del encuentro genuino entre personas. **Necesitamos instaurar esta cultura del encuentro**, porque ni los conceptos ni las ideas se aman. Nadie ama un concepto, nadie ama una idea; se aman las personas. La entrega, la verdadera entrega surge del amor a hombres y mujeres, niños y ancianos, pueblos y comunidades... rostros, rostros y nombres que llenan el corazón. De esas **semillas de esperanza sembradas pacientemente en las periferias olvidadas del planeta**, de esos brotes de ternura que lucha por subsistir en la oscuridad de la exclusión, crecerán árboles grandes, surgirán bosques tupidos de esperanza para oxigenar este mundo.

Veo con alegría que ustedes **trabajan en lo cercano, cuidando los brotes**; pero, a la vez, con una perspectiva más amplia, protegiendo la arboleda. Trabajan en una perspectiva que no sólo aborda la realidad sectorial que cada uno de ustedes representa y a la que felizmente está arraigado, sino que también buscan resolver de raíz los problemas generales de pobreza, desigualdad y exclusión.

Los felicito por eso. Es **imprescindible que, junto a la reivindicación** de sus legítimos derechos, los pueblos y organizaciones sociales **construyan una alternativa humana** a la globalización excluyente. Ustedes son sembradores del cambio. Que Dios les dé coraje, les dé alegría, les dé perseverancia y pasión para seguir sembrando. Tengan la certeza que tarde o temprano vamos a ver los frutos. A los **dirigentes les pido: sean creativos y nunca pierdan el arraigo a lo cercano**, porque el padre de la mentira sabe usurpar palabras nobles, promover modas intelectuales y adoptar poses ideológicas, pero, si ustedes construyen sobre bases sólidas, sobre las necesidades reales y la experiencia viva de sus hermanos, de los campesinos e indígenas, de los trabajadores excluidos y las familias marginadas, seguramente no se van a equivocar.

La Iglesia no puede ni debe estar ajena a este proceso en el anuncio del Evangelio. Muchos **sacerdotes y agentes pastorales cumplen una enorme tarea acompañando y promoviendo** a los excluidos de todo el mundo, junto a cooperativas, impulsando emprendimientos, construyendo viviendas, trabajando abnegadamente en los campos de salud, el deporte y la educación. Estoy convencido que la colaboración respetuosa con los movimientos populares puede potenciar estos esfuerzos y fortalecer los procesos de cambio.

Y tengamos siempre en el **corazón a la Virgen María**, una humilde muchacha de un pequeño pueblo perdido en la periferia de un gran imperio, una madre sin techo que supo transformar una cueva de

animales en la casa de Jesús con unos pañales y una montaña de ternura. María es signo de esperanza para los pueblos que sufren dolores de parto hasta que brote la justicia. Yo rezo a la Virgen María, tan venerada por el pueblo boliviano para que permita que este Encuentro nuestro sea fermento de cambio.

El contenido del cambio

3. Tercero. Por último quisiera que pensemos juntos algunas tareas importantes para este momento histórico, porque queremos un cambio positivo para el bien de todos nuestros hermanos y hermanas. Eso lo sabemos. Queremos **un cambio que se enriquezca con el trabajo mancomunado** de los gobiernos, los movimientos populares y otras fuerzas sociales. Eso también lo sabemos. Pero **no es tan fácil definir el contenido del cambio** –podría decirse–, el programa social que refleje este proyecto de fraternidad y justicia que esperamos; no es fácil de definirlo. En ese sentido, **no esperen de este Papa una receta. Ni el Papa ni la Iglesia tienen el monopolio de la interpretación de la realidad** social ni la propuesta de soluciones a problemas contemporáneos. Me atrevería a decir que no existe una receta. La historia la construyen las generaciones que se suceden en el marco de pueblos que marchan buscando su propio camino y respetando los valores que Dios puso en el corazón.

Quisiera, sin embargo, proponer **tres grandes tareas** que requieren el decisivo aporte del conjunto de los movimientos populares.

Primera tarea, una economía al servicio de los pueblos.

3.1. La primera tarea es poner **la economía al servicio de los pueblos**: Los seres humanos y la naturaleza **no deben estar al servicio del dinero**. Digamos “NO” a una economía de exclusión e inequidad donde el dinero reina en lugar de servir. Esa economía mata. Esa economía excluye. Esa economía destruye la madre tierra.

La economía **no** debería ser un mecanismo de **acumulación** sino la adecuada administración de la **casa común**. **Eso implica cuidar celosamente la casa y distribuir adecuadamente los bienes** entre todos. Su objeto no es únicamente asegurar la comida o un “decoroso sustento”. Ni siquiera, aunque ya sería un gran paso, garantizar el **acceso a las “tres T”** por las que ustedes luchan. Una economía verdaderamente comunitaria, podría decir, una economía de inspiración cristiana, debe garantizar a los pueblos dignidad, «prosperidad sin exceptuar bien alguno» (Juan XXIII, Enc. Mater et Magistra [15 mayo 1961], 3: AAS 53 [1961], 402). Esta última frase la dijo el Papa Juan XXIII hace cincuenta años. Jesús dice en el Evangelio que, aquel que le dé espontáneamente un vaso de agua al que tiene sed, le será tenido en cuenta en el Reino de los cielos. Esto implica las “tres T”, pero también **acceso a la educación, la salud, la innovación, las manifestaciones artísticas y culturales, la comunicación, el deporte y la recreación**. Una economía justa debe crear las condiciones para que cada persona pueda gozar de una infancia sin carencias, desarrollar sus talentos durante la juventud, trabajar con plenos derechos durante los años de actividad y acceder a una digna jubilación en la ancianidad. Es una economía donde el ser humano, en armonía con la naturaleza, estructura todo el sistema de producción y distribución para que las capacidades y las necesidades de cada uno encuentren un cauce adecuado en el ser social. Ustedes, y también otros pueblos, resumen este anhelo de una manera simple y bella: “vivir bien”, que no es lo mismo que “pasarla bien”.

Esta economía no es sólo deseable y necesaria sino también es posible. **No es una utopía ni una fantasía**. Es una perspectiva extremadamente realista. Podemos lograrlo. Los **recursos disponibles**

en el mundo, fruto del trabajo intergeneracional de los pueblos y los dones de la creación, son más que suficientes para el desarrollo integral de «todos los hombres y de todo el hombre» (Pablo VI, Enc. *Popolorum progressio* [26 marzo 1967], 14: AAS 59 [1967], 264). **El problema, en cambio, es otro. Existe un sistema con otros objetivos.** Un sistema que además de acelerar irresponsablemente los ritmos de la producción, además de implementar métodos en la industria y la agricultura que dañan a la madre tierra en aras de la “productividad”, sigue negándoles a miles de millones de hermanos los más elementales derechos económicos, sociales y culturales. Ese sistema atenta contra el proyecto de Jesús, contra la Buena Noticia que trajo Jesús.

La **distribución justa de los frutos de la tierra y el trabajo humano no es mera filantropía.** Es un **deber moral.** Para los cristianos, la carga es aún más fuerte: es un mandamiento. Se trata de devolverles a los pobres y a los pueblos lo que les pertenece. El **destino universal de los bienes** no es un adorno discursivo de la doctrina social de la Iglesia. Es una realidad anterior a la propiedad privada. La propiedad, muy en especial cuando afecta los recursos naturales, debe estar siempre en función de las necesidades de los pueblos. Y estas necesidades no se limitan al consumo. No basta con dejar caer algunas gotas cuando los pobres agitan esa copa que nunca derrama por sí sola. Los planes asistenciales que atienden ciertas urgencias sólo deberían pensarse como respuestas pasajeras, coyunturales. Nunca podrían sustituir la verdadera inclusión: esa que da el trabajo digno, libre, creativo, participativo y solidario.

Y, en este camino, los movimientos populares tienen un rol esencial, no sólo exigiendo y reclamando, sino fundamentalmente creando. Ustedes son **poetas sociales:** creadores de trabajo, constructores de viviendas, productores de alimentos, sobre todo para los descartados por el mercado mundial.

He conocido de cerca distintas experiencias donde los trabajadores unidos en cooperativas y otras formas de organización comunitaria lograron crear trabajo donde sólo había sobras de la economía idólatra. Y vi que algunos están aquí. Las empresas recuperadas, las ferias francas y las cooperativas de cartoneros son ejemplos de esa economía popular que surge de la exclusión y, de a poquito, con esfuerzo y paciencia, adopta formas solidarias que la dignifican. Y, ¡qué distinto es eso a que los descartados por el mercado formal sean explotados como esclavos!

Los gobiernos que asumen como propia la tarea de poner la economía al servicio de los pueblos deben promover el fortalecimiento, mejoramiento, coordinación y expansión de estas formas de economía popular y producción comunitaria. Esto implica mejorar los procesos de trabajo, proveer infraestructura adecuada y garantizar plenos derechos a los trabajadores de este sector alternativo. Cuando Estado y organizaciones sociales asumen juntos la misión de las “tres T”, se activan los principios de solidaridad y subsidiariedad que permiten edificar el bien común en una democracia plena y participativa.

Segunda tarea unir nuestros pueblos en el camino de la paz y la justicia.

3.2. La segunda tarea es **unir nuestros pueblos en el camino de la paz y la justicia.**

Los pueblos del mundo quieren ser **artífices de su propio destino.** Quieren transitar en paz su marcha hacia la justicia. No quieren tutelajes ni injerencias donde el más fuerte subordina al más débil. Quieren que su cultura, su idioma, sus procesos sociales y tradiciones religiosas sean respetados. **Ningún poder fáctico** o constituido tiene derecho a privar a los países pobres del pleno ejercicio de su soberanía y, cuando lo hacen, vemos nuevas **formas de colonialismo** que afectan

seriamente las posibilidades de paz y de justicia, porque «la paz se funda no sólo en el respeto de los derechos del hombre, sino también en los derechos de los pueblos particularmente el derecho a la independencia» (Pontificio Consejo Justicia y Paz, Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, 157).

Los pueblos de Latinoamérica parieron dolorosamente su independencia política y, desde entonces, llevan casi dos siglos de una historia dramática y llena de contradicciones intentando conquistar una independencia plena.

En estos últimos años, después de tantos desencuentros, muchos países latinoamericanos han visto crecer la fraternidad entre sus pueblos. Los **gobiernos de la Región aunaron esfuerzos** para hacer respetar su soberanía, la de cada país, la del conjunto regional, que tan bellamente, como nuestros padres de antaño, llaman *la "Patria Grande"*. Les pido a ustedes, hermanos y hermanas de los movimientos populares, que cuiden y acrecienten esta unidad. **Mantener la unidad frente a todo intento de división es necesario para que la región crezca en paz y justicia.**

A pesar de estos avances, todavía subsisten factores que atentan contra este desarrollo humano equitativo y coartan la soberanía de los países de la "Patria Grande" y otras latitudes del planeta. El **nuevo colonialismo** adopta diversas fachadas. A veces, es el poder anónimo del **ídolo dinero: corporaciones, prestamistas, algunos tratados denominados «de libre comercio» y la imposición de medidas de «austeridad»** que siempre ajustan el cinturón de los trabajadores y los pobres. Los obispos latinoamericanos lo denunciarnos con total claridad en el documento de Aparecida cuando se afirma que «las instituciones financieras y las empresas transnacionales se fortalecen al punto de subordinar las economías locales, sobre todo, debilitando a los Estados, que aparecen cada vez más impotentes para llevar adelante proyectos de desarrollo al servicio de sus poblaciones» (V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano [2007], Documento Conclusivo, Aparecida, 66). En otras ocasiones, bajo el noble ropaje de la lucha contra **la corrupción, el narcotráfico o el terrorismo** –graves males de nuestros tiempos que requieren una acción internacional coordinada–, vemos que se impone a los Estados medidas que poco tienen que ver con la resolución de esas problemáticas y muchas veces empeoran las cosas.

Del mismo modo, la **concentración monopólica de los medios de comunicación social**, que pretende imponer pautas alienantes de consumo y cierta uniformidad cultural, es otra de las formas que adopta el nuevo colonialismo. Es el colonialismo ideológico. Como dijeron los Obispos de África en el primer Sínodo continental africano, muchas veces se pretende convertir a los países pobres en «piezas de un mecanismo y de un engranaje gigantesco» (Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal Ecclesia in Africa [14 septiembre 1995], 52: AAS 88 [1996], 32-33; Id., Enc. Sollicitudo rei socialis [30 diciembre 1987], 22: AAS 80 [1988], 539).

Hay que reconocer que ninguno de los graves problemas de la humanidad se puede resolver sin interacción entre los Estados y los pueblos a nivel internacional. Todo acto de envergadura realizado en una parte del planeta repercute en todo en términos económicos, ecológicos, sociales y culturales. Hasta el crimen y la violencia se han globalizado. Por ello, **ningún gobierno puede actuar al margen de una responsabilidad común.** Si realmente queremos un cambio positivo, tenemos que asumir humildemente nuestra interdependencia, es decir, nuestra sana interdependencia. Pero interacción no es sinónimo de imposición, no es subordinación de unos en función de los intereses de otros. El colonialismo, nuevo y viejo, que reduce a los países pobres a meros proveedores de materia prima y trabajo barato, engendra violencia, miseria, migraciones forzadas y todos los males que vienen de la mano... precisamente porque, al poner la periferia en función del centro, les niega

el **derecho a un desarrollo integral**. Y eso, hermanos, es inequidad y la **inequidad genera violencia**, que no habrá recursos policiales, militares o de inteligencia capaces de detener.

Digamos “NO”, entonces, a las viejas y nuevas formas de colonialismo. Digamos “SÍ” al encuentro entre pueblos y culturas. Felices los que trabajan por la paz.

Y aquí quiero detenerme en un tema importante. Porque alguno podrá decir, con derecho, que, cuando el Papa habla del colonialismo se olvida de ciertas acciones de la Iglesia. Les digo, con pesar: se han cometido muchos y graves pecados contra los pueblos originarios de América en nombre de Dios. Lo han reconocido mis antecesores, lo ha dicho el CELAM, el Consejo Episcopal Latinoamericano, y también quiero decirlo. Al igual que san Juan Pablo II, **pido que la Iglesia –y cito lo que dijo él– «se postre ante Dios e implore perdón por los pecados pasados y presentes** de sus hijos» (Juan Pablo II, Bula *Incarnationis mysterium*, 11). Y quiero decirles, quiero ser muy claro, como lo fue san Juan Pablo II: pido humildemente perdón, no sólo por las ofensas de la propia Iglesia sino por los crímenes contra los pueblos originarios durante la llamada conquista de América. Y junto a este pedido de perdón y **para ser justos, también quiero que recordemos a millares** de sacerdotes, obispos, que se opusieron fuertemente a la lógica de la espada con la fuerza de la cruz. Hubo pecado, hubo pecado y abundante, pero no pedimos perdón, y por eso pedimos perdón, y pido perdón, pero allí también, donde hubo pecado, donde hubo abundante pecado, **sobreabundó la gracia** a través de esos hombres que defendieron la justicia de los pueblos originarios.

Les pido también a todos, creyentes y no creyentes, que se acuerden de tantos obispos, sacerdotes y laicos que **predicaron y predicán la Buena Noticia de Jesús con coraje y mansedumbre, respeto** y en paz –dije obispos, sacerdotes, y laicos, no me quiero olvidar de las monjitas que anónimamente patean nuestros barrios pobres llevando un mensaje de paz y de bien–, que en su paso por esta vida dejaron conmovedoras obras de promoción humana y de amor, muchas veces junto a los pueblos indígenas o acompañando a los propios movimientos populares incluso hasta el martirio. La Iglesia, sus hijos e hijas, son una parte de la identidad de los pueblos en latinoamericana. Identidad que, tanto aquí como en otros países, **algunos poderes se empeñan en borrar, tal vez porque nuestra fe es revolucionaria, porque nuestra fe desafía la tiranía del ídolo dinero**. Hoy vemos con espanto cómo en Medio Oriente y otros lugares del mundo se persigue, se tortura, se asesina a muchos hermanos nuestros por su fe en Jesús. Eso también debemos denunciarlo: dentro de esta tercera guerra mundial en cuotas que vivimos, hay una especie –fuerza la palabra– de genocidio en marcha que debe cesar.

A los hermanos y hermanas del **movimiento indígena latinoamericano**, déjenme transmitirles mi más hondo cariño y felicitarlos por buscar la conjunción de sus pueblos y culturas, eso –conjunción de pueblos y culturas–, eso que a mí me gusta llamar poliedro, una forma de convivencia donde las **partes conservan su identidad construyendo juntas una pluralidad** que no atenta, sino que fortalece la unidad. Su búsqueda de esa interculturalidad que combina la reafirmación de los derechos de los pueblos originarios con el respeto a la integridad territorial de los Estados nos enriquece y nos fortalece a todos.

Tercera tarea, defender a la madre tierra.

3.3. Y la tercera tarea, tal vez la más importante que debemos asumir hoy, **es defender la madre tierra**.

La casa común de todos nosotros está siendo saqueada, devastada, vejada impunemente. La cobardía en su defensa es un pecado grave. Vemos con decepción creciente cómo se suceden una tras otras las cumbres internacionales sin ningún resultado importante. Existe un claro, definitivo e impostergable imperativo ético de actuar que no se está cumpliendo. No se puede permitir que ciertos intereses –que son globales pero no universales– se impongan, sometan a los Estados y organismos internacionales, y continúen destruyendo la creación. Los pueblos y sus movimientos están llamados a clamar a movilizarse, a exigir –pacífica pero tenazmente– la adopción urgente de medidas apropiadas. Yo les pido, en nombre de Dios, que defiendan a la madre tierra. Sobre éste tema me he expresado debidamente en la Carta Encíclica *Laudato si'*, que creo que les será dada al finalizar.

El futuro de la humanidad no está únicamente en manos de los grandes dirigentes,

4. Para finalizar, quisiera decirles nuevamente: **el futuro de la humanidad no está únicamente en manos de los grandes dirigentes**, las grandes potencias y las elites. Está fundamentalmente en manos de los pueblos, en su capacidad de organizarse y también en sus manos que riegan con humildad y convicción este proceso de cambio. Los acompaño. Y cada uno, repitámonos desde el corazón: **ninguna familia sin vivienda, ningún campesino sin tierra, ningún trabajador sin derechos, ningún pueblo sin soberanía, ninguna persona sin dignidad, ningún niño sin infancia, ningún joven sin posibilidades, ningún anciano sin una venerable vejez**. Sigán con su lucha y, por favor, cuiden mucho a la madre tierra. Créanme –y soy sincero–, de corazón les digo: rezo por ustedes, rezo con ustedes y quiero pedirle a nuestro Padre Dios que los acompañe y los bendiga, que los colme de su amor y los defienda en el camino dándoles abundantemente esa fuerza que nos mantiene en pie, esa fuerza es la esperanza. Y una cosa importante: la esperanza no defrauda. Y, por favor, les pido que recen por mí. Y si alguno de ustedes no puede rezar, con todo respeto le pido que me piense bien y me mande buena onda. Gracias.

Discurso a los participantes en el III Encuentro mundial de movimientos populares, Roma 5 de noviembre de 2016

Hermanas y hermanos, buenas tardes.

En este nuestro tercer encuentro expresamos la misma sed, la sed de justicia, el mismo clamor: tierra, techo y trabajo para todos.

Agradezco a los delegados, que han llegado desde las periferias urbanas, rurales y laborales de los cinco continentes, de más de 60 países, han llegado a debatir una vez más cómo defender estos derechos que nos convocan. Gracias a los Obispos que vinieron a acompañarlos. Gracias también a los miles de italianos y europeos que se han unido hoy al cierre de este Encuentro. Gracias a los observadores y jóvenes comprometidos con la vida pública que vinieron con humildad a escuchar y aprender. ¡Cuánta esperanza tengo en los jóvenes! Le agradezco también a Usted, Señor Cardenal Turkson, el trabajo que han hecho en el Dicasterio; y también quisiera mencionar el aporte del ex Presidente uruguayo José Mujica que está presente.

En nuestro último encuentro, en Bolivia, con mayoría de latinoamericanos, hablamos de la necesidad de un cambio para que la vida sea digna, un cambio de estructuras; también de cómo ustedes, los movimientos populares, son sembradores de cambio, promotores de un proceso en el que confluyen millones de acciones grandes y pequeñas encadenadas creativamente, como en una poesía; por eso quise llamarlos “poetas sociales”; y también enumeramos algunas tareas imprescindibles para marchar hacia una alternativa humana frente a la globalización de la indiferencia: 1. poner la economía al servicio de los pueblos; 2. construir la paz y la justicia; 3. defender la Madre Tierra.

Ese día, **en la voz de una cartonera y de un campesino, se dio lectura a las conclusiones, los diez puntos de Santa Cruz de la Sierra**, donde la palabra cambio estaba preñada de gran contenido, estaba enlazada a cosas fundamentales que ustedes reivindican: trabajo digno para los excluidos del mercado laboral; tierra para los campesinos y pueblos originarios; vivienda para las familias sin techo; integración urbana para los barrios populares; erradicación de la discriminación, de la violencia contra la mujer y de las nuevas formas de esclavitud; el fin de todas las guerras, del crimen organizado y de la represión; libertad de expresión y comunicación democrática; ciencia y tecnología al servicio de los pueblos. Escuchamos también cómo se comprometían a abrazar un

proyecto de vida que rechace el consumismo y recupere la solidaridad, el amor entre nosotros y el respeto a la naturaleza como valores esenciales. Es la felicidad de «vivir bien» lo que ustedes reclaman, la «vida buena», y no ese ideal egoísta que engañosamente invierte las palabras y nos propone la «buena vida».

Quienes **hoy estamos aquí, de orígenes, creencias e ideas diversas**, tal vez no estemos de acuerdo en todo, seguramente pensamos distinto en muchas cosas, pero ciertamente coincidimos en estos puntos.

Superar el riesgo de las abstracciones

Supe también de encuentros y talleres realizados en distintos países donde multiplicaron los debates a la luz de la realidad de cada comunidad. Eso es muy importante porque las soluciones reales a las problemáticas actuales no van a salir de una, tres o mil conferencias: tienen que ser fruto de un discernimiento colectivo que madure en los territorios junto a los hermanos, un discernimiento que se convierte **en acción transformadora «según los lugares, tiempos y personas» como diría san Ignacio. Si no, corremos el riesgo de las abstracciones**, de «**los nominalismos declaracionistas** que son bellas frases pero no logran sostener la vida de nuestras comunidades». (Carta al Presidente de la Pontificia Comisión Para América Latina, 19 de marzo de 2016). Son slogans. **El colonialismo ideológico globalizante procura imponer recetas supraculturales que no respetan la identidad** de los Pueblos. Ustedes van por otro camino que es, al mismo tiempo, local y universal. Un camino que me recuerda cómo Jesús pidió organizar a la multitud en **grupos de cincuenta para repartir el pan** (Cf. Homilía en la Solemnidad de Corpus Christi, Buenos Aires, 12 de junio de 2004).

Recién pudimos ver el video que han presentado a modo de conclusión de este tercer Encuentro. Vimos los rostros de ustedes en los debates sobre qué hacer frente a «la inequidad que engendra violencia». Tantas propuestas, tanta creatividad, tanta esperanza en la voz de ustedes que tal vez sean **los que más motivos tienen para quejarse, quedar encerrados en los conflictos, caer en la tentación de lo negativo**. Pero, sin embargo, miran hacia adelante, piensan, discuten, proponen y actúan. Los felicito, los acompaño, y les pido que **sigan abriendo caminos y luchando**. Eso me da fuerza, eso nos da fuerza. Creo que este dialogo nuestro, que se suma al esfuerzo de tantos millones que trabajan cotidianamente por la justicia en todo el mundo, va echando raíces.

Quisiera tocar algunos temas más específicos, que son los que he recibido de ustedes, que me han hecho reflexionar y los devuelvo en este momento.

Primero: el terror y los muros.

Sin embargo, esa **germinación que es lenta, que tiene sus tiempos** como toda gestación, está amenazada por la velocidad de un **mecanismo destructivo que opera en sentido contrario**. Hay fuerzas poderosas que pueden neutralizar este proceso de maduración de un cambio que sea capaz de desplazar la primacía del dinero y coloque nuevamente en el centro al ser humano, al hombre y la mujer. Ese «hilo invisible» del que hablamos en Bolivia, esa **estructura injusta** que enlaza a todas las exclusiones que ustedes sufren, puede endurecerse y convertirse en un látigo, un látigo existencial que, como en **el Egipto del Antiguo Testamento, esclaviza, roba la libertad**, azota sin misericordia a unos y amenaza constantemente a otros, para arriar a todos como ganado hacia donde quiere el dinero divinizado.

¿Quién gobierna entonces? El dinero ¿Cómo gobierna? Con el látigo del miedo, de la inequidad, de la **violencia económica, social, cultural y militar que engendra más y más violencia** en una espiral descendente que parece no acabar jamás. ¡Cuánto dolor y cuánto miedo! Hay -lo dije hace poco-, hay un terrorismo de base que emana del control global del dinero sobre la tierra y atenta contra la humanidad entera. De ese terrorismo básico se alimentan los terrorismos derivados como el narcoterrorismo, el terrorismo de estado y lo que erróneamente algunos llaman terrorismo étnico o religioso, pero ningún pueblo, ninguna religión es terrorista. Es cierto, hay pequeños grupos fundamentalistas en todos lados. Pero **el terrorismo** empieza cuando «has desechado la maravilla de la creación, el hombre y la mujer, y has puesto allí el dinero» (Conferencia de prensa en el Vuelo de Regreso del Viaje Apostólico a Polonia, 31 de julio de 2016). Ese sistema es terrorista.

Hace casi cien años, Pío XI preveía el crecimiento de una dictadura económica mundial que él llamó **«imperialismo internacional del dinero»**. (Carta Enc. *Quadragesimo Anno*, 15 de mayo de 1931, 109). ¡Estoy hablando **del año 1931!** El aula en la que estamos ahora se llama “Paolo VI”, y fue Pablo VI quien denunció hace casi cincuenta años la «nueva forma abusiva de dictadura económica en el campo social, cultural e incluso político» (Carta Ap. *Octogesima adveniens*, 14 de mayo de 1971, 44). Son **palabras duras pero justas de mis antecesores que avizoraron el futuro**. La Iglesia y los profetas dijeron, hace milenios, lo que tanto escandaliza que repita el Papa en este tiempo cuando todo aquello alcanza expresiones inéditas. Toda la doctrina social de la Iglesia y el magisterio de mis antecesores se rebelan contra el ídolo-dinero que reina en lugar de servir, tiraniza y aterroriza a la humanidad.

Ninguna tiranía, **ninguna tiranía se sostiene sin explotar nuestros miedos**. Esto es clave. De ahí que **toda tiranía sea terrorista**. Y cuando ese terror, que se sembró en las periferias, son con masacres, saqueos, opresión e injusticia, explota en los centros con distintas formas de violencia, incluso con atentados odiosos y cobardes, los ciudadanos que aún conservan algunos derechos son tentados con la falsa seguridad de los muros físicos o sociales. **Muros que encierran a unos y destierran a otros. Ciudadanos amurallados, aterrorizados**, de un lado; **excluidos, desterrados**, más aterrorizados todavía, del otro. ¿Es esa la vida que nuestro Padre Dios quiere para sus hijos?

Al miedo se lo alimenta, se lo manipula... Porque **el miedo, además de ser un buen negocio** para los mercaderes de las armas y de la muerte, nos debilita, nos desequilibra, destruye nuestras defensas psicológicas y espirituales, nos anestesia frente al sufrimiento ajeno y al final nos hace crueles. Cuando escuchamos que se festeja la muerte de un joven que tal vez erró el camino, cuando vemos que se prefiere la guerra a la paz, cuando vemos que se generaliza la xenofobia, cuando constatamos que ganan terreno las propuestas intolerantes; detrás de esa crueldad que parece masificarse está el frío aliento del miedo. Les pido que recemos por todos los que tienen miedo, **recemos** para que Dios les dé el valor y que en este año de la misericordia podamos ablandar nuestros corazones. La misericordia no es fácil, no es fácil... requiere coraje. Por eso Jesús nos dice: «No tengan miedo» (Mt 14,27), pues **la misericordia es el mejor antídoto contra el miedo**. Es mucho mejor que los antidepresivos y los ansiolíticos. Mucho más eficaz que los muros, las rejas, las alarmas y las armas. Y es gratis: es un don de Dios.

Queridos hermanos y hermanas: **todos los muros caen. Todos**. No nos dejemos engañar. Como han dicho ustedes: «Sigamos trabajando para **construir puentes** entre los pueblos, puentes que nos permitan derribar los muros de la exclusión y la explotación» (Documento Conclusivo del II Encuentro Mundial de los Movimientos Populares, 11 de julio de 2015, Cruz de la Sierra, Bolivia). Enfrentemos el Terror con Amor.

Segundo: el amor y los puentes.

El segundo punto que quisiera tocar es: **El amor y los puentes.**

Un día como hoy, un sábado, Jesús hizo dos cosas que, nos dice el Evangelio, precipitaron la conspiración para matarlo. Pasaba con sus discípulos por un campo, un sembradío. Los discípulos tenían hambre y **comieron las espigas. Nada se nos dice del «dueño» de aquel campo... subyacía el destino universal de los bienes.** Lo cierto es que **frente al hambre, Jesús priorizó la dignidad** de los hijos de Dios sobre una interpretación formalista, acomodaticia e interesada de la norma. Cuando los doctores de la ley se quejaron con **indignación hipócrita**, Jesús les recordó que Dios quiere amor y no sacrificios, y les explicó que el sábado está hecho para el ser humano y no el ser humano para el sábado (cf. Mc 2,27). Enfrentó al pensamiento hipócrita y suficiente con la inteligencia humilde del corazón (cf. Homilía, I Congreso de Evangelización de la Cultura, Buenos Aires, 3 de noviembre de 2006), que prioriza siempre al ser humano y rechaza que determinadas lógicas obstruyan su libertad para vivir, amar y servir al prójimo.

Y después, ese mismo día, Jesús hizo algo «peor», algo que irritó aún más a los hipócritas y soberbios que lo estaban vigilando porque buscaban alguna excusa para atraparlo. **Curó la mano atrofiada de un hombre.** La mano, ese signo tan fuerte del obrar, del trabajo. **Jesús le devolvió a ese hombre la capacidad de trabajar y con eso le devolvió la dignidad.** Cuántas manos atrofiadas, cuantas personas privadas de la dignidad del trabajo, porque los hipócritas para defender sistemas injustos, se oponen a que sean sanadas. A veces pienso que cuando ustedes, **los pobres organizados, se inventan su propio trabajo, creando** una cooperativa, recuperando una fábrica quebrada, reciclando el descarte de la sociedad de consumo, enfrentando las inclemencias del tiempo para vender en una plaza, reclamando una parcela de tierra para cultivar y alimentar a los hambrientos, cuando hacen esto están imitando a Jesús porque buscan sanar, aunque sea un poquito, aunque sea precariamente, esa atrofia del sistema socioeconómico imperante que es **el desempleo.** No me extraña que a ustedes también a veces los vigilen o los persigan y tampoco me extraña que a los soberbios no les interese lo que ustedes digan.

Jesús, ese sábado, se jugó la vida porque después de sanar esa mano, fariseos y herodianos (cf. Mc 3,6), dos partidos enfrentados entre sí, que tenían al pueblo y también al imperio, hicieron sus **cálculos y se confabularon para matarlo.** Sé que muchos de ustedes se juegan la vida. Sé -lo quiero recordar, la quiero recordar- que algunos no están hoy acá porque se jugaron la vida... **pero no hay mayor amor que dar la vida. Eso nos enseña Jesús.**

Las «3-T», ese grito de ustedes que hago mío, tiene algo de esa inteligencia humilde pero a la vez fuerte y sanadora. **Un proyecto-puente de los pueblos frente al proyecto-muro del dinero.** Un proyecto que apunta al desarrollo humano integral. Algunos saben que nuestro amigo el Cardenal Turkson está presidiendo ahora el Dicasterio que lleva ese nombre: **Desarrollo Humano Integral.** Lo contrario al desarrollo, podría decirse, es la atrofia, la parálisis. Tenemos que ayudar para que el mundo se sane de su atrofia moral. Este **sistema atrofiado puede ofrecer ciertos implantes cosméticos** que no son verdadero desarrollo: crecimiento económico, avances técnicos, mayor «eficiencia» para producir cosas que se compran, se usan y se tiran englobándonos a todos en una vertiginosa dinámica del descarte... pero este mundo no permite el desarrollo del ser humano en su integralidad, el desarrollo que no se reduce al consumo, que no se reduce al bienestar de pocos, que incluye a todos los pueblos y personas en la plenitud de su dignidad, disfrutando fraternalmente de la maravilla de la Creación. Ese es el desarrollo que necesitamos: humano, integral, respetuoso de la Creación, de esta casa común.

La bancarrota de la humanidad

Queridos hermanos, quiero compartir con ustedes algunas reflexiones sobre otros dos temas que, junto a las «3-T» y la ecología integral, fueron centrales en vuestros debates de los últimos días y son centrales en este tiempo histórico.

Sé que dedicaron una jornada al drama de **los migrantes, refugiados y desplazados**. ¿Qué hacer frente a esta tragedia? En el Dicasterio que tiene a su cargo el Cardenal Turkson hay un departamento para la atención de esas situaciones. Decidí que, al menos por un tiempo, ese departamento dependa directamente del Pontífice, porque aquí hay una situación oprobiosa, que sólo puedo describir con una palabra que me salió espontáneamente en **Lampedusa: vergüenza**.

Allí, como también **en Lesbos**, pude sentir de cerca el sufrimiento de tantas familias expulsadas de su tierra por razones económicas o violencias de todo tipo, multitudes desterradas –lo he dicho frente a las autoridades de todo el mundo– como consecuencia de un sistema socioeconómico injusto y de los conflictos bélicos que no buscaron, que no crearon quienes hoy padecen el doloroso desarraigo de su suelo patrio sino más bien muchos de aquellos que se niegan a recibirlos.

Hago mías las palabras de mi hermano el Arzobispo **Hieronymus de Grecia**: «Quien ve los ojos de los niños que encontramos en los campos de refugiados es capaz de reconocer de inmediato, en su totalidad, **la “bancarrota” de la humanidad**» (Discurso en el Campo de refugiados de Moria, Lesbos, 16 de abril de 2016) ¿Qué le pasa al mundo de hoy que, cuando se produce la bancarrota de un banco de inmediato aparecen sumas escandalosas para salvarlo, pero cuando se produce esta bancarrota de la humanidad no hay casi ni una milésima parte para salvar a esos hermanos que sufren tanto? Y así el Mediterráneo se ha convertido en un cementerio, y no sólo el Mediterráneo... tantos cementerios junto a los muros, muros manchados de sangre inocente. Durante los días de este encuentro, lo decían en el vídeo: ¿Cuántos murieron en el Mediterráneo?

El **miedo endurece el corazón y se transforma en crueldad ciega que se niega a ver la sangre, el dolor, el rostro** del otro. Lo dijo mi hermano el Patriarca Bartolomé: «Quien tiene miedo de vosotros no os ha mirado a los ojos. Quien tiene miedo de vosotros no ha visto vuestros rostros. **Quien tiene miedo no ve a vuestros hijos**. Olvida que la dignidad y la libertad trascienden el miedo y trascienden la división. Olvida que la migración no es un problema de Oriente Medio y del norte de África, de Europa y de Grecia. Es un problema del mundo» (Discurso en el Campo de refugiados de Moria, Lesbos, 16 de abril de 2016).

Es, en verdad, **un problema del mundo. Nadie debería verse obligado a huir de su Patria**. Pero el mal es doble cuando, frente a esas circunstancias terribles, el migrante se ve arrojado a las garras de los traficantes de personas para cruzar las fronteras y es triple si al llegar a la tierra donde creyó que iba a encontrar un futuro mejor, se lo desprecia, se lo explota, incluso se lo esclaviza. Esto se puede ver en cualquier rincón de cientos de ciudades. O simplemente no se lo deja entrar.

Les pido a ustedes que hagan todo lo que puedan. Nunca se olviden que **Jesús, María y José experimentaron también la condición dramática de los refugiados**. Les pido que ejerciten esa solidaridad tan especial que existe entre los que han sufrido. Ustedes saben **recuperar fábricas de la bancarrota, reciclar lo que otros tiran**, crear puestos de trabajo, labrar la tierra, construir viviendas, integrar barrios segregados y reclamar sin descanso como esa viuda del Evangelio que pide justicia insistentemente (cf. Lc 18,1-8). Tal vez con vuestro ejemplo y su insistencia, algunos **Estados y Organismos internacionales abran los ojos y adopten las medidas adecuadas para**

acoger e integrar plenamente a todos los que, por una u otra circunstancia, buscan refugio lejos de su hogar. **Y también para enfrentar las causas profundas** por las que miles de hombres, mujeres y niños son expulsados cada día de su tierra natal.

Dar el ejemplo y **reclamar es una forma de meterse en política** y esto me lleva al segundo eje que debatieron en su Encuentro: **la relación entre pueblo y democracia**. Una relación que debería ser natural y fluida pero que corre el peligro de desdibujarse hasta ser irreconocible. La brecha entre los pueblos y nuestras formas actuales de democracia se agranda cada vez más como consecuencia del enorme poder de los grupos económicos y mediáticos que parecieran dominarlas. **Los movimientos populares, lo sé, no son partidos políticos y déjenme decirles que, en gran medida, en eso radica su riqueza**, porque expresan una forma distinta, dinámica y vital de participación social en la vida pública. **Pero no tengan miedo de meterse en las grandes discusiones, en Política con mayúscula** y cito de nuevo a Pablo VI: «La política ofrece un camino serio y difícil—aunque no el único—para cumplir el deber grave que cristianos y cristianas tienen de servir a los demás» (Lett. Ap. Octogesima adveniens, 14 de mayo 1971, 46). O esa frase que repito tantas veces, que siempre me confundo, no sé si es de Pablo VI o de Pío XII: “La política es una de las formas más altas de la caridad, del amor”.

La Política y sus riesgos: dejarse encorsetar y corromperse.

Quisiera señalar **dos riesgos que giran en torno a la relación entre los movimientos populares y la política: el riesgo de dejarse encorsetar y el riesgo de dejarse corromper.**

Primero, no dejarse encorsetar, porque algunos dicen: la cooperativa, el comedor, la huerta agroecológica, el microemprendimiento, el diseño de los planes asistenciales... hasta ahí está bien. Mientras **se mantengan en el corsé de las «políticas sociales»**, mientras **no cuestionen la política económica** o la política con mayúscula, se los tolera. Esa idea de las políticas sociales concebidas como una **política hacia los pobres pero nunca con los pobres**, nunca de los pobres y mucho menos inserta en un proyecto que reunifique a los pueblos a veces me parece una especie de **volquete maquillado** para contener el descarte del sistema. Cuando ustedes, desde su arraigo a lo cercano, desde su realidad cotidiana, desde el barrio, desde el paraje, desde la organización del trabajo comunitario, desde las relaciones persona a persona, **se atrevan a cuestionar las «macro-relaciones»**, cuando chillan, cuando gritan, cuando pretenden señalarle al poder un planteo más integral, ahí ya no se lo tolera. No se lo tolera tanto porque se están saliendo del corsé, se están metiendo en el terreno de las grandes decisiones que algunos pretenden monopolizar en pequeñas castas. **Así la democracia se atrofia, se convierte en un nominalismo, una formalidad**, pierde representatividad, se va desencarnando porque deja afuera al pueblo en su lucha cotidiana por la dignidad, en la construcción de su destino.

Ustedes, las organizaciones de los excluidos y tantas organizaciones de otros sectores de la sociedad, **están llamados a revitalizar, a refundar las democracias** que pasan por una verdadera crisis. No caigan en la tentación del corsé que los reduce a actores secundarios, o peor, a meros administradores de la miseria existente. En estos tiempos de parálisis, desorientación y propuestas destructivas, la participación protagónica de los pueblos que buscan el bien común puede vencer, con la ayuda de Dios, a los falsos profetas que explotan el miedo y la desesperanza, que venden fórmulas mágicas de odio y crueldad o de un bienestar egoísta y una seguridad ilusoria.

Sabemos que «mientras no se resuelvan radicalmente los problemas de los pobres, **renunciando a la autonomía absoluta de los mercados y de la especulación financiera y atacando las causas estructurales de la inequidad**, no se resolverán los problemas del mundo y en definitiva ningún

problema. La inequidad es raíz de los males sociales» (Exhort. ap. postsin. *Evangelii gaudium*, 202). Por eso, lo dije y lo repito: «**El futuro de la humanidad no está únicamente en manos de los grandes dirigentes**, las grandes potencias y las elites. Está fundamentalmente en manos de los pueblos, en su capacidad de organizarse y también en sus manos que riegan con humildad y convicción este proceso de cambio» (Discurso en el Segundo Encuentro mundial de los Movimientos Populares, Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, 9 de julio de 2015). **La Iglesia, la Iglesia también puede y debe, sin pretender el monopolio de la verdad, pronunciarse y actuar** especialmente frente a «situaciones donde se tocan las llagas y el sufrimiento dramático, y en las cuales están implicados los valores, la ética, las ciencias sociales y la fe» (Discurso a la Cumbre de Jueces y Magistrados contra el Tráfico de Personas y el Crimen Organizado, Vaticano, 3 de junio de 2016). Este era el primer riesgo: el riesgo del corsé, y la invitación de meterse en la gran política.

El segundo riesgo, les decía, es dejarse **corromper**. Así como la política no es un asunto de los «políticos», **la corrupción no es un vicio exclusivo de la política**. Hay corrupción en la política, hay corrupción en las empresas, hay corrupción en los medios de comunicación, hay corrupción en las iglesias y también hay corrupción en las organizaciones sociales y los movimientos populares. Es justo decir que hay una corrupción **naturalizada en algunos ámbitos de la vida económica, en particular la actividad financiera**, y que tiene menos prensa que la corrupción directamente ligada al ámbito político y social. Es justo decir que muchas veces se manipulan los casos de corrupción con malas intenciones. Pero también es justo aclarar que **quienes han optado por una vida de servicio tienen una obligación adicional que se suma a la honestidad** con la que cualquier persona debe actuar en la vida. La vara es más alta: hay que vivir la **vocación de servir** con un fuerte sentido de la **austeridad y la humildad**. Esto vale para los políticos pero también vale para los dirigentes sociales y para nosotros, los pastores. Dije “austeridad”. Quisiera aclarar a qué me refiero con la palabra austeridad. Puede ser una palabra equívoca. Austeridad moral, austeridad en el modo de vivir, austeridad en cómo llevo adelante mi vida, mi familia. Austeridad moral y humana. Porque en el campo más científico, científico-económico si se quiere, o de las ciencias del mercado, austeridad es sinónimo de ajuste. A esto no me refiero. No estoy hablando de eso.

A cualquier persona que tenga demasiado **apego por las cosas materiales** o por el espejo, **a quien le gusta el dinero, los banquetes exuberantes, las mansiones suntuosas, los trajes refinados, los autos de lujo, le aconsejaría** que se fije qué está pasando en su corazón y rece para que Dios lo libere de esas ataduras. Pero, parafraseando al ex Presidente latinoamericano que está por acá, el que tenga afición por todas esas cosas, **por favor, no se meta en política**, que no se meta en una organización social o en un movimiento popular, porque va a hacer mucho daño a sí mismo, al prójimo y va a manchar la noble causa que enarbola. **Tampoco que se meta en el seminario**.

Frente a la **tentación de la corrupción, no hay mejor antídoto que la austeridad**; esa austeridad moral y personal. Y practicar la austeridad es, además, predicar con el ejemplo. Les pido que no subestimen **el valor del ejemplo porque tiene más fuerza que mil palabras**, que mil volantes, que mil likes, que mil retweets, que mil videos de youtube. El ejemplo de una vida austera al servicio del prójimo es la mejor forma de promover el bien común y el proyecto-puente de las 3-T. Les pido a los dirigentes que **no se cansen de practicar esa austeridad moral, personal**, y les pido a todos que **exijan a los dirigentes esa austeridad**, la cual –por otra parte– los va a hacer muy felices.

Enfrentar el miedo con una vida de servicio, solidaridad y humildad.

Queridos hermanas y hermanos

La corrupción, la soberbia, el exhibicionismo de los dirigentes aumenta el descreimiento colectivo, la sensación de desamparo y retroalimenta el mecanismo del miedo que sostiene este sistema inicuo.

Quisiera, para finalizar, pedirles que **sigan enfrentando el miedo con una vida de servicio, solidaridad y humildad** en favor de los pueblos y en especial de los que más sufren. Se van a equivocar muchas veces, todos nos equivocamos, pero si perseveramos en este camino, más temprano que tarde, vamos a ver los frutos. E insisto, contra el terror, el mejor antídoto es el amor. El amor todo lo cura. Algunos saben que después del Sínodo de la familia escribí un documento que lleva por título **Amoris Laetitia**. La alegría del amor. Un **documento sobre el amor en la familia de cada uno, pero también en esa otra familia que es el barrio, la comunidad, el pueblo, la humanidad**. Uno de ustedes me pidió distribuir un cuadernillo que contiene un fragmento del capítulo cuarto de ese documento. Creo que se los van a entregar a la salida. Va entonces con mi bendición. Allí hay algunos «consejos útiles» para practicar el más importante de los mandamientos de Jesús.

En **Amoris Laetitia** cito a un fallecido dirigente afroamericano, **Martin Luther King**, el cual volvía a optar por el amor fraterno aun en medio de las peores persecuciones y humillaciones. Quiero recordarlo hoy con ustedes, es decir: «Cuando te elevas al nivel del amor, de su gran belleza y poder, lo único que buscas derrotar es los sistemas malignos. A las personas atrapadas en ese sistema, las amas, pero tratas de derrotar ese sistema [...] Odio por odio sólo intensifica la existencia del odio y del mal en el universo. Si yo te golpeo y tú me golpeas, y te devuelvo el golpe y tú me lo devuelves, y así sucesivamente, es evidente que se llega hasta el infinito. Simplemente nunca termina. En algún lugar, alguien debe tener un poco de sentido, y esa es la persona fuerte. La **persona fuerte es la persona que puede romper la cadena del odio, la cadena del mal**». Esto lo dijo en 1957 (n. 118; Sermón en la iglesia Bautista de la Avenida Dexter, Montgomery, Alabama, 17 de noviembre de 1957).

Les agradezco nuevamente su trabajo y su presencia. Quiero pedirle a nuestro Padre Dios que los acompañe y los bendiga, que los colme de su amor y los defienda en el camino dándoles abundantemente esa fuerza que nos mantiene en pie y nos da coraje para romper la cadena del odio: esa fuerza es la esperanza. Les pido por favor que recen por mí y los que no pueden rezar, ya saben, piénsenme bien y mándenme buena onda. Gracias.

Mensaje del papa Francisco al encuentro de movimientos populares en Modesto, (California) del 16 al 19 de febrero de 2017. 10 de febrero de 2017.

Queridos Hermanos:

Quisiera, ante todo, felicitarlos por el esfuerzo de **reproducir a nivel nacional** el trabajo que vienen desarrollando en los Encuentros Mundiales de Movimientos Populares. Quiero, a través de esta carta, animar y fortalecer a cada uno de ustedes, a sus organizaciones y a todos los que luchan por las tres T: “tierra, techo y trabajo”. Los felicito por todo lo que hacen.

Quisiera agradecer a la Campaña Católica para el Desarrollo Humano, a su presidente Mons. David Talley y a los Obispo anfitriones Stephen Blaire, Armando Ochoa y Jaime Soto, por el decidido apoyo que han prestado a este encuentro. Gracias Cardenal Turkson por seguir acompañando a los movimientos populares desde el nuevo Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral. ¡Me alegra tanto verlos trabajar juntos por la justicia social! Cómo quisiera que en todas las diócesis se contagie esta energía constructiva, que tiende puentes entre los Pueblos y las personas, puentes capaces de atravesar los muros de la exclusión, la indiferencia, el racismo y la intolerancia.

También quisiera destacar el trabajo de la **Red Nacional PICO** y las organizaciones promotoras de este encuentro. Supe que **PICO significa “personas mejorando sus comunidades a través de la organización”**. Qué buena síntesis de la misión de los movimientos populares: trabajar en lo cercano, junto al prójimo, organizados entre ustedes, para sacar adelante nuestras comunidades.

Vivir y actuar en este momento.

Hace pocos meses, (5 de noviembre 2016) en Roma, hemos hablado de los **muros y del miedo; de los puentes y el amor**. No quiero repetirme: estos temas desafían nuestros valores más profundos.

Sabemos que ninguno de estos males comenzó ayer. Hace tiempo enfrentamos la crisis del paradigma imperante, un sistema que causa enormes sufrimientos a la familia humana, atacando al mismo tiempo la dignidad de las personas y nuestra Casa Común para sostener la tiranía invisible del Dinero que sólo garantiza los privilegios de unos pocos. “La humanidad vive un giro histórico” (*Evangelii Gaudium*, 52)

A los cristianos y a todas las personas de buena voluntad **nos toca vivir y actuar en este momento**. Es “una responsabilidad grave, ya que algunas realidades del mundo presente, si no son bien resueltas, pueden desencadenar procesos de deshumanización difíciles de revertir más adelante”. Son los **“signos de los tiempos” que debemos reconocer para actuar**. Hemos perdido tiempo valioso sin prestarles suficiente atención, sin resolver estas realidades destructoras. Así los procesos de deshumanización se aceleran. De la participación protagónica de los pueblos y en gran medida de ustedes, los movimientos populares, depende hacia dónde se dirige ese giro histórico, cómo se resuelve esta crisis que se agudiza.

No debemos quedar paralizados por el miedo pero tampoco quedar aprisionados en el conflicto. Hay que reconocer el peligro pero también la oportunidad que cada crisis supone para avanzar hacia una síntesis superadora. En el idioma chino, que expresa la ancestral sabiduría de ese gran pueblo, **la palabra crisis se compone de dos ideogramas: Wēi que representa el peligro y Jī que representa la oportunidad**.

«¿Quién es mi prójimo?»

El peligro es negar al prójimo y así, sin darnos cuenta, negar su humanidad, nuestra humanidad, negarnos a nosotros mismos, y negar el más importante de los mandamientos de Jesús. Esa es la deshumanización. Pero existe una oportunidad: que la luz del amor al prójimo ilumine la Tierra con su brillo deslumbrante como un relámpago en la oscuridad, que nos despierte y la verdadera humanidad brote con esa empeñada y fuerte resistencia de lo auténtico.

Hoy resuena en nuestros oídos la pregunta que el abogado le hace a Jesús en el Evangelio de Lucas **«¿Y quién es mi prójimo?»** ¿Quién es aquel al cual se debe amar como a sí mismo? Tal vez esperaba una respuesta cómoda para poder seguir con su vida “¿serán mis parientes? ¿Mis connacionales? ¿Aquellos de mi misma religión?..”. **Tal vez quería llevar a Jesús a exceptuarnos de la obligación de amar a los paganos o los extranjeros considerados impuros en aquel tiempo**. Este hombre quiere una regla clara que le permita clasificar a los demás en “prójimo” y “no prójimo”, en aquellos que pueden convertirse en prójimos y en aquellos que no pueden hacerse prójimos (Francisco, *Audiencia general del miércoles 27 de abril de 2016*).

Jesús responde con una parábola que pone en escena a dos figuras de la élite de aquel entonces y a un tercer personaje, considerado extranjero, pagano e impuro: el samaritano. En el camino de Jerusalén a Jericó el sacerdote y el levita se encuentran con un hombre moribundo, que los ladrones han asaltado, robado, apaleado y abandonado. La Ley del Señor en situaciones similares preveía la obligación de socorrerlo, pero **ambos pasan de largo sin detenerse**. Tenían prisa. Pero el samaritano, aquel despreciado, aquel sobre quien nadie habría apostado nada, y que de todos modos también él tenía sus deberes y sus cosas por hacer, cuando vio al hombre herido, no pasó de largo como los otros dos, que estaban relacionados con el Templo, sino «lo vio y se conmovió» (v.33). **El samaritano se comporta con verdadera misericordia**: vendar las heridas de aquel hombre, lo lleva a un albergue, lo cuida personalmente, provee a su asistencia. Todo esto nos enseña que la compasión, el amor, no es un sentimiento vago, sino significa cuidar al otro hasta pagar personalmente. Significa comprometerse cumpliendo todos los pasos necesarios para “acercarse” al otro hasta identificarse con él: «amaras a tu prójimo como a ti mismo». Este es el mandamiento del Señor (Francisco, *Audiencia general del miércoles 27 de abril de 2016*).

Las heridas que provoca el sistema económico.

Las heridas que provoca el sistema económico que tiene al centro al dios dinero y que en ocasiones actúa con la brutalidad de los ladrones de la parábola, han sido criminalmente desatendidas. En la sociedad globalizada, existe un estilo elegante de mirar para otro lado que se practica recurrentemente: **bajo el ropaje de lo políticamente correcto o las modas ideológicas, se mira al que sufre sin tocarlo, se lo televisa en directo, incluso se adopta un discurso en apariencia tolerante y repleto de eufemismos**, pero no se hace nada sistemático para sanar las heridas sociales ni enfrentar las estructuras que dejan a tantos hermanos tirados en el camino. Esta actitud hipócrita, tan distinta a la del samaritano, manifiesta la ausencia de una verdadera conversión y un verdadero compromiso con la humanidad.

Se trata de una estafa moral que, tarde o temprano, queda al descubierto, como un espejismo que se disipa. **Los heridos están ahí, son una realidad.** El desempleo es real, la violencia es real, la corrupción es real, la crisis de identidad es real, el vaciamiento de las democracias es real. La gangrena de un sistema no se puede maquillar eternamente porque tarde o temprano el hedor se siente y, cuando ya no puede negarse, surge del mismo poder que ha generado este estado de cosas la manipulación del miedo, la inseguridad, la bronca, incluso la justa indignación de la gente, transfiriendo la responsabilidad de todos los males a un “no prójimo”. No estoy hablando de personas en particular, estoy hablando de **un proceso social que se desarrolla en muchas partes del mundo y entraña un grave peligro para la humanidad.**

Jesús nos enseña otro camino. No clasificar a los demás para ver quién es el prójimo y quién no es. Tú puedes hacerte prójimo de quien se encuentra en la necesidad, y lo serás si en tu corazón tienes compasión, es decir, si tienes esa capacidad de sufrir con el otro. Tienes que hacerte samaritano. Y luego, también, ser como **el hotelero al que el samaritano confía**, al final de la parábola, a la persona que sufre. ¿Quién es este hotelero? **Es la Iglesia, la comunidad cristiana**, las personas solidarias, **las organizaciones sociales**, somos nosotros, son ustedes, a quienes el Señor Jesús, cada día, confía a quienes tienen aflicciones, en el cuerpo y en el espíritu, para que podamos seguir derramando sobre ellos, sin medida, toda su misericordia y la salvación. En eso radica la auténtica humanidad que resiste la deshumanización que se nos ofrece bajo la forma de indiferencia, hipocresía o intolerancia.

Sé que ustedes han asumido el compromiso de luchar por la justicia social, defender la hermana madre tierra y acompañar a los migrantes. Quiero reafirmarlos en su opción y compartir dos reflexiones al respecto.

Ecología y fundamentalismo.

La crisis ecológica es real. “Hay un consenso científico muy consistente que indica que nos encontramos ante **un preocupante calentamiento del sistema climático**” (*Laudato si'*, 23). **La ciencia no es la única forma de conocimiento**, es cierto. La ciencia **no es necesariamente “neutral”**, también es cierto, muchas veces oculta posiciones ideológicas o intereses económicos. Pero también **sabemos qué pasa cuando negamos la ciencia y desoímos la voz de la naturaleza.** Me hago cargo de lo que nos toca a los católicos. No caigamos en el negacionismo. El tiempo se agota. Actuemos. Les pido, nuevamente, a ustedes, a los pueblos originarios, a los pastores, a los gobernantes, que defendamos la Creación.

La otra es una reflexión que ya la hice en nuestro último encuentro pero me parece importante repetir: **ningún pueblo es criminal y ninguna religión es terrorista**. No existe el terrorismo cristiano, no existe el terrorismo judío y no existe el terrorismo islámico. No existe. Ningún pueblo es criminal o narcotraficante o violento. “Se acusa de la violencia a los pobres y a los pueblos pobres pero, sin igualdad de oportunidades, las diversas formas de agresión y de guerra encontrarán un caldo de cultivo que tarde o temprano provocará su explosión” (*Evangelii Gaudium*, 52). **Hay personas fundamentalistas y violentas en todos los Pueblos y religiones** que, además, se fortalecen con las generalizaciones intolerantes, se alimentan del odio y la xenofobia. **Enfrentando el terror con amor trabajamos por la paz.**

Les pido firmeza y mansedumbre para defender estos principios; les pido no intercambiarlos como mercancía barata y, como **San Francisco de Asís, demos todo de nosotros para que: “allí donde haya odio, que yo ponga el amor, allí donde haya ofensa, que yo ponga el perdón; allí donde haya discordia, que yo ponga la unión; allí donde haya error, que yo ponga la verdad”** (*Oración de San Francisco de Asís*)

Sepan que rezo por ustedes, que rezo con ustedes y quiero pedirle a nuestro Padre Dios que los acompañe y los bendiga, que los colme de su amor y los proteja. Les pido por favor que recen por mí y sigan adelante.

Carta del papa Francisco a los movimientos populares en la pascua 2020 (covid 19), 12 de abril 2020.

*A los hermanos y hermanas
de los movimientos y organizaciones populares*

Queridos amigos:

Con frecuencia recuerdo nuestros encuentros: dos en el Vaticano y uno en [Santa Cruz de la Sierra](#) y les confieso que esta “memoria” me hace bien, me acerca a ustedes, me hace repensar en tantos diálogos durante esos encuentros y en tantas ilusiones que nacieron y crecieron allí y muchas de ellas se hicieron realidad. Ahora, en medio de esta pandemia, los vuelvo a recordar de modo especial y quiero estarles cerca.

Un verdadero ejército invisible.

En estos días de tanta angustia y dificultad, muchos se han referido a la pandemia que sufrimos con metáforas bélicas. Si la lucha contra el COVID es una guerra, **ustedes son un verdadero ejército invisible** que pelea en las más peligrosas trincheras. Un ejército sin **más arma que la solidaridad, la esperanza y el sentido de la comunidad** que reverdece en estos días en los que nadie se salva solo. Ustedes son para mí, como les dije en nuestros encuentros, verdaderos poetas sociales, que desde las periferias olvidadas crean soluciones dignas para los problemas más acuciantes de los excluidos. Sé que muchas veces no se los reconoce como es debido porque para este sistema son verdaderamente invisibles. A las periferias **no llegan las soluciones del mercado y escasea la presencia protectora del Estado**. Tampoco ustedes tienen los recursos para realizar su función. Se los mira con desconfianza por superar la mera filantropía a través la organización comunitaria o reclamar por sus derechos en vez de quedarse resignados esperando a ver si cae alguna migaja de los que detentan el poder económico. Muchas veces mastican bronca e impotencia al ver las desigualdades que persisten incluso en momentos donde se acaban todas las excusas para sostener privilegios. Sin embargo, **no se encierran en la queja: se arremangan y siguen trabajando** por sus familias, por sus barrios, por el bien común. Esta actitud de Ustedes me ayuda, cuestiona y enseña mucho.

Las personas que multiplican el pan.

Pienso en las personas, sobre todo mujeres, que multiplican el pan en los comedores comunitarios cocinando con dos cebollas y un paquete de arroz un delicioso guiso para cientos de niños, pienso en los enfermos, pienso en los ancianos. **Nunca aparecen en los grandes medios.** Tampoco los campesinos **y agricultores familiares que siguen labrando para producir alimentos** sanos sin destruir la naturaleza, sin acapararlos ni especular con la necesidad del pueblo. Quiero que sepan que nuestro Padre Celestial los mira, los valora, los reconoce y fortalece en su opción.

Qué difícil es quedarse en casa para aquel que vive en una pequeña vivienda precaria o que directamente carece de un techo. Qué difícil es para los migrantes, las personas privadas de libertad o para aquellos que realizan un proceso de sanación por adicciones. Ustedes están ahí, poniendo el cuerpo junto a ellos, para hacer las cosas menos difíciles, menos dolorosas. Los felicito y agradezco de corazón. Espero que los gobiernos comprendan que los **paradigmas tecnocráticos (sean estadocéntricos, sean mercadocéntricos)** no son suficientes para abordar esta crisis ni los otros grandes problemas de la humanidad. Ahora más que nunca, son las personas, las comunidades, los pueblos quienes deben estar en el centro, unidos para curar, cuidar, compartir.

Sé que ustedes han sido excluidos de los beneficios de la globalización. No gozan de esos placeres superficiales que anestesian tantas conciencias. A pesar de ello, siempre tienen que sufrir sus perjuicios. **Los males que aquejan a todos, a ustedes los golpean doblemente.** Muchos de ustedes viven el día a día sin ningún tipo de garantías legales que los proteja. Los vendedores ambulantes, los recicladores, los feriantes, los pequeños agricultores, los constructores, los costureros, los que realizan distintas tareas de cuidado. Ustedes, trabajadores informales, independientes o de la economía popular, no tienen un salario estable para resistir este momento... y las cuarentenas se les hacen insostenibles. Tal vez sea tiempo de pensar en un salario universal que reconozca y dignifique las nobles e insustituibles tareas que realizan; capaz de garantizar y hacer realidad esa consigna tan humana y tan cristiana: ningún trabajador sin derechos.

Constructores indispensables de ese cambio.

También quisiera invitarlos a pensar en el “después” porque esta tormenta va a terminar y sus graves consecuencias ya se sienten. Ustedes no son unos improvisados, tienen la cultura, la metodología pero principalmente la **sabiduría que se amasa con la levadura de sentir el dolor del otro como propio.** Quiero que pensemos en el proyecto de desarrollo humano integral que anhelamos, centrado en el protagonismo de los Pueblos en toda su diversidad y el acceso universal a esas **tres T que ustedes defienden: tierra, techo y trabajo.** Espero que este momento de peligro nos saque del piloto automático, sacuda nuestras conciencias dormidas y permita una conversión humanista y ecológica que termine con la idolatría del dinero y ponga la dignidad y la vida en el centro. Nuestra civilización, tan competitiva e individualista, con sus ritmos frenéticos de producción y consumo, sus lujos excesivos y ganancias desmedidas para pocos, necesita bajar un cambio, repensarse, regenerarse. Ustedes **son constructores indispensables de ese cambio impostergable;** es más, ustedes poseen una voz autorizada para testimoniar que esto es posible. Ustedes saben de crisis y privaciones... que con pudor, dignidad, compromiso, esfuerzo y solidaridad logran transformar en promesa de vida para sus familias y comunidades.

Sigan con su lucha y cuidense como hermanos. Rezo por ustedes, rezo con ustedes y quiero pedirle a nuestro Padre Dios que los bendiga, los colme de su amor y los defienda en el camino dándoles esa fuerza que nos mantiene en pie y no defrauda: la esperanza. Por favor, recen por mí que también lo necesito.

Discurso del papa Francisco a los representantes de la sociedad civil de Paraguay, Asunción 11 de julio de 2015.

Buenas tardes:

Yo escribí esto en base a las preguntas que me llegaron, que no son todas las que hicieron ustedes, así que lo que falta lo iré completando en la medida que voy hablando. De tal manera que, en la medida que yo pueda, logre dar mi opinión sobre las reflexiones de ustedes.

Y estoy contento de estar con ustedes, **representantes de la sociedad civil**, para compartir esos sueños, ilusiones, en un futuro mejor y problemas. Agradezco a Mons. Adalberto Martínez Flores, Secretario de la Conferencia Episcopal del Paraguay, esas palabras de bienvenida que me ha dirigido en nombre de todos. Y agradezco a las seis personas que han hablado, cada una de ellas presentando un aspecto de su reflexión.

Un pueblo que vive.

Verlos a todos, cada uno proveniente de un sector, de una organización, de esta sociedad paraguaya, con sus alegrías, preocupaciones, luchas y búsquedas, me lleva a hacer una acción de gracias a Dios. O sea, parece que Paraguay no está muerto, gracias a Dios. Porque **un pueblo que vive**, un pueblo que no mantiene viva sus preocupaciones, un pueblo que vive en la inercia de la aceptación pasiva, es un pueblo muerto. Por el contrario, veo en ustedes la savia de una vida que corre y que quiere germinar. Y eso siempre Dios lo bendice. Dios siempre está a favor de todo lo que ayude a levantar, mejorar, la vida de sus hijos. Hay cosas que están mal, sí. Hay situaciones injustas, sí. Pero **verlos y sentirlos me ayuda a renovar la esperanza** en el Señor que sigue actuando en medio de su gente. Ustedes vienen desde distintas miradas, distintas situaciones y búsquedas, todos juntos forman la cultura paraguaya. Todos son necesarios en la búsqueda del bien común. «En las condiciones actuales de la sociedad mundial, donde hay tantas iniquidades y cada vez más las personas son descartables» (*Laudato si'* 158) verlos a ustedes aquí es un regalo. Es un regalo porque en las personas que han hablado vi la voluntad por el bien de la patria.

Jugarse la vida.

1. Con relación a la primera pregunta, me gustó escuchar en boca de **un joven** la preocupación por hacer que la **sociedad sea un ámbito de fraternidad**, de **justicia**, de **paz y dignidad para todos**. La

juventud es tiempo de grandes ideales. A mí me viene decir muchas veces que me da tristeza ver un joven jubilado. Qué importante es que ustedes los jóvenes – y ¡vaya que hay jóvenes acá en Paraguay!–, que ustedes los jóvenes vayan intuyendo que la verdadera felicidad pasa por la lucha de un país fraterno. Y es bueno que ustedes los jóvenes vean que felicidad y placer no son sinónimos. Una cosa es la felicidad y el gozo... y otra cosa es un placer pasajero. La felicidad construye, es sólida, edifica. La felicidad exige compromiso y entrega. Son muy valiosos para andar por **la vida como anestesiados**. Paraguay tiene abundante población joven y es una gran riqueza. Por eso, pienso que lo primero que se ha de hacer es evitar que esa fuerza se apague, que esa luz que hay en sus corazones desaparezca, y contrarrestar la creciente mentalidad que considera inútil y absurdo aspirar a cosas que valen la pena: “No, que no te metás, no, eso no se arregla más”. Esa mentalidad, en cambio, que pretende ir más adelante es considerada como absurda. **A jugársela por algo, a jugársela por alguien**. Esa es la vocación de la juventud y no tengan miedo de dejar todo en la cancha. Jueguen limpio, jueguen con todo. No tengan miedo de entregar lo mejor de sí. No busquen el arreglo previo para evitar el cansancio, la lucha. No coimeen al réferi.

Eso sí, **esta lucha no lo hagan solos**. Busquen charlar, aprovechen a escuchar la vida, las historias, los cuentos de sus **mayores y de sus abuelos**, que hay sabiduría allí. Pierdan mucho tiempo en escuchar todo lo bueno que tienen para enseñarles. Ellos son los custodios de ese patrimonio espiritual de fe y valores que definen a un pueblo y alumbran el camino. Encuentren también consuelo en la fuerza de la oración, en Jesús. En su presencia cotidiana y constante. Él no defrauda. Jesús invita a través de la memoria de su pueblo. Es el secreto para que su corazón – el de ustedes– se mantenga siempre alegre en la búsqueda de fraternidad, de justicia, de paz y dignidad para todos. Esto puede ser un peligro: “Sí, sí, yo quiero fraternidad, justicia, paz, dignidad”, pero puede convertirse en un nominalismo: ¡pura palabra! ¡No! La fraternidad, la justicia, la paz y la dignidad son concretas, sino no sirven. ¡Son de todos los días! ¡Se hacen todos los días! Entonces, yo te pregunto a vos, joven: “¿Cómo esos ideales los amasás, día a día, en lo concreto? Aunque te equivoques, ¿te corregís y volvés a andar?”. Pero lo concreto.

Yo les confieso que a veces a mí me da un poquito de alergia, o para no decirlo así en términos tan finos, un poquito de “moquillo”, el escuchar discursos grandilocuentes con todas estas palabras y, cuando uno conoce la persona que habla, dice: “Qué mentiroso que sos”. Por eso, **palabras solas no sirven**. Si vos decís una palabra comprometete con esa palabra, amasá día a día, día a día. ¡Sacrificáte por eso! ¡Comprometete!

Me gustó la poesía de Carlos Miguel Giménez, que Mons. Adalberto ha citado. Creo que resume muy bien lo que he querido decirles: «[Sueño] un paraíso sin guerra entre hermanos, rico en hombres sanos de alma y corazón... y un Dios que bendice su nueva ascensión». Sí, es **un sueño**. Y hay dos garantías: que el sueño se despierte y sea realidad de todos los días, y que Dios sea reconocido como la garantía de la dignidad nuestra como hombres.

El diálogo como medio para forjar un proyecto de nación que incluye a todos.

2. La segunda pregunta se refirió al **diálogo como medio para forjar un proyecto de nación que incluya a todos**. El diálogo no es fácil. También está el “diálogo-teatro”, es decir, representemos al diálogo, juguemos al diálogo, y después hablamos entre nosotros dos, entre nosotros dos, y aquello quedó borrado. El diálogo es sobre la mesa, claro. Si vos, en el diálogo, no decís realmente lo que sentís, lo que pensás, y no te comprometés a escuchar al otro, ir ajustando lo que vas pensando vos y conversando, el diálogo no sirve, es una pinturita. Ahora, también es verdad que el diálogo no es fácil, hay que superar muchas las dificultades y, a veces, parece que nosotros nos empecinamos en

hacer las cosas más difíciles todavía. Para que haya diálogo es necesaria una base fundamental, una identidad. Cierto, por ejemplo, yo pienso en el diálogo nuestro, el diálogo interreligioso, donde representantes de las diversas religiones hablamos. Nos reunimos, a veces, para hablar... y los puntos de vista, pero cada uno habla desde su identidad: “Yo soy budista, yo soy evangélico, yo soy ortodoxo, yo soy católico”. Cada uno dice, pero su identidad. No negocia su identidad. O sea, para que haya **diálogo es necesaria esa base fundamental**. ¿Y cuál es la identidad en un país? —estamos hablando del diálogo social acá—.

El amor a la patria. La patria primero, después mi negocio. ¡La patria primero! Esa es la identidad. Entonces, yo, desde esa identidad, voy a dialogar. Si yo voy a dialogar sin esa identidad el diálogo no sirve. Además, el diálogo presupone y nos exige buscar esa cultura del encuentro. Es decir, un encuentro que sabe reconocer que la **diversidad no solo es buena, es necesaria. La uniformidad nos anula**, nos hace autómatas. La riqueza de la vida está en la diversidad. Por lo que el punto de partida no puede ser: “Voy a dialogar pero aquel está equivocado”. No, no, no podemos presumir que el otro está equivocado. Yo voy con lo mío y voy a escuchar qué dice el otro, en qué me enriquece el otro, en qué el otro me hace caer en la cuenta que yo estoy equivocado, y en qué cosas le puedo dar yo al otro. Es un ida y vuelta, ida y vuelta, pero con el corazón abierto. Con presunciones de que el otro está equivocado, mejor irse a casa y no intentar un diálogo, ¿no es cierto?

El diálogo es para el bien común, y el bien común se busca, desde nuestras diferencias, dándole posibilidad siempre a nuevas alternativas. Es decir, busca algo nuevo. Siempre, cuando hay verdadero diálogo, se termina —permítanme la palabra pero la digo noblemente— en un acuerdo nuevo, donde todos nos pusimos de acuerdo en algo. ¿Hay diferencias? Quedan a un costado, en la reserva. Pero en ese **punto en que nos pusimos de acuerdo** o en esos puntos en que nos pusimos de acuerdo, nos comprometemos y los defendemos. Es un paso adelante. Esa es la cultura del encuentro.

Dialogar no es negociar. Negociar es procurar sacar la propia tajada. A ver cómo saco la mía. No, no dialogues, no pierdas tiempo. Si vas con esa intención no pierdas tiempo. Es buscar el bien común para todos. Discutir juntos, pensar una mejor solución para todos. Muchas veces esta cultura del encuentro se ve envuelta en el conflicto. Es decir vimos un ballet precioso recién. Todo estaba coordinado y una orquesta que era una verdadera sinfonía de acordes. Todo estaba perfecto. Todo andaba bien. Pero en el diálogo no siempre es así, no todo es un ballet perfecto o una orquesta coordinada. En el diálogo se da el conflicto. Y es lógico y esperable. Porque si yo pienso de una manera y vos de otra, y vamos andando, se va a crear un conflicto. ¡No le tenemos que temer! No tenemos que ignorar el conflicto. Por el contrario, **somos invitados a asumir el conflicto**. Si no asumimos el conflicto — “No, es un dolor de cabeza, que vaya con su idea a su casa, yo me quedo con la mía”— no podemos dialogar nunca. Esto significa: «Aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en un eslabón de un nuevo proceso» ([Evangelii gaudium](#) 227). Vamos a dialogar, hay conflicto, lo asumo, lo resuelvo y es un eslabón de un nuevo proceso. Es un principio que nos tiene que ayudar mucho. «La unidad es superior al conflicto» (*ibíd.* 228) El conflicto existe: hay que asumirlo, hay que **procurar resolverlo hasta donde se pueda, pero con miras a lograr una unidad que no es uniformidad**, sino que es unidad en la diversidad. Una unidad que no rompe las diferencias, sino que las vive en comunión por medio de la solidaridad y la comprensión. Al tratar de entender **las razones del otro, al tratar de escuchar su experiencia, sus anhelos**, podemos ver que en gran parte son aspiraciones comunes. Y esta es la base del encuentro: todos somos hermanos, hijos de un mismo Padre, de un Padre celestial, y cada uno con su cultura, su lengua, sus tradiciones, tiene mucho que aportar a la comunidad. Ahora, “¿yo estoy dispuesto a recibir eso?”. Si estoy

dispuesto a recibir, y a dialogar con eso, entonces sí me siento a dialogar; si no estoy dispuesto, mejor no perder el tiempo.

Las verdaderas culturas nunca están cerradas en sí mismas –mueren, si se cierran en sí mismas mueren–, sino que están llamadas a encontrarse con otras culturas y crear nuevas realidades. Cuando estudiamos historia encontramos culturas milenarias que ya no están más. Han muerto. Por muchas razones. Pero una de ellas es haberse cerrado en sí mismas. Sin este presupuesto esencial, sin esta base de hermandad será muy difícil arribar al diálogo. Si alguien considera que hay personas, culturas, situaciones de segunda, tercera o de cuarta... algo, seguro, saldrá mal, porque simplemente carece de lo mínimo, que es el reconocimiento de la dignidad del otro. Que no hay persona de primera, de segunda, de tercera, de cuarta: son de la misma línea.

Acoger el clamor de los pobres para construir una sociedad más inclusiva.

3. Y esto me da pie para responder a la inquietud manifestada en la tercera pregunta: **acoger el clamor de los pobres para construir una sociedad más inclusiva**. Es curioso: **el egoísta se excluye**. Nosotros queremos incluir. Acuérdense de la parábola del hijo pródigo, ese hijo que le pidió la herencia al padre, se llevó toda la plata, la malgastó en la buena vida y, al cabo de un largo tiempo que había perdido todo –porque le dolía el estómago de hambre–, se acordó de su padre. Y su padre lo esperaba. Es la figura de Dios, que siempre nos espera. Y, cuando lo ve venir, lo abraza y hace fiesta. En cambio, el otro hijo, el que había estado en la casa, se enoja y se autoexcluye: **“Yo con esta gente no me junto, yo me porté bien, yo tengo una gran cultura, estudié en tal o tal universidad, tengo esta familia y esta alcurnia. Así que con éstos no me mezclo”**. No excluir a nadie, pero no autoexcluirse, porque todos necesitamos de todos.

También un aspecto fundamental para promover a los pobres está en el modo en que los vemos. No sirve una mirada ideológica, que termina usando a los pobres al servicio de otros intereses políticos y personales (cf. *Evangelii gaudium* 199). **Las ideologías terminan mal, no sirven. Las ideologías tienen una relación o incompleta o enferma o mala con el pueblo**. Las ideologías no asumen al pueblo. Por eso, fíjense en el siglo pasado. ¿En qué terminaron las ideologías? En dictaduras, siempre, siempre. Piensan por el pueblo, **no dejan pensar al pueblo**. O como decía aquel agudo crítico de la ideología, cuando le dijeron: “Sí, pero esta gente tiene buena voluntad y quiere hacer cosas por el pueblo”. –“Sí, sí, sí, todo por el pueblo, pero nada con el pueblo”. Estas son las ideologías. Para buscar efectivamente su bien, lo primero es tener una verdadera preocupación por su persona –estoy hablando de los pobres–, valorarlos en su bondad propia. Pero, una valoración real exige estar dispuestos a aprender de los pobres, aprender de ellos. Los pobres tienen mucho que enseñarnos en humanidad, en bondad, en sacrificio, en solidaridad.

Los cristianos, además, tenemos además un motivo mayor para amar y servir a los pobres, porque en ellos tenemos el rostro, vemos el rostro y la carne de Cristo, que se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (cf. 2 Co 8,9). **Los pobres son la carne de Cristo**. A mí me gusta preguntarle a alguien, cuando confieso gente –ahora no tengo tantas oportunidades para confesar como tenía en mi diócesis anterior–, pero me gusta preguntarle: “¿Y usted ayuda a la gente?” –“Sí, sí, doy limosna”. –“Ah, y dígame, cuando da limosna, ¿le toca la mano al que da limosna o tira la moneda y hace así?”. Son actitudes. “Cuando usted da esa limosna, ¿lo mira a los ojos o mira para otro lado?”. Eso es despreciar al pobre. Son los pobres. Pensemos bien. **Es uno como yo** y, si está pasando un mal momento por miles razones –económicas, políticas, sociales o personales–, yo podría estar en ese lugar y podría estar deseando que alguien me ayude. Y además de desear que alguien me ayude, si estoy en ese lugar, tengo el derecho de ser respetado. Respetar al pobre. No

usarlo como objeto para lavar nuestras culpas. Aprender de los pobres, con lo que dije, con las cosas que tienen, con los valores que tienen. Y los cristianos tenemos ese motivo, que son la carne de Jesús.

Una economía toda en función de la persona y no en función del dinero.

Ciertamente, es muy necesario para un país el crecimiento económico y la creación de riqueza, y que esta llegue a todos los ciudadanos sin que nadie quede excluido. Y eso es necesario. **La creación de esta riqueza debe estar siempre en función del bien común, de todos, y no de unos pocos.** Y en esto hay que ser muy claros. «La adoración del antiguo becerro de oro (cf. Ex 32,1-35) ha encontrado una versión nueva y despiadada en el fetichismo del dinero y en la dictadura de la economía sin rostro» (*Evangelii gaudium* 55). Las personas cuya vocación es ayudar al desarrollo económico tienen la tarea de velar para que éste siempre tenga rostro humano. **El desarrollo económico tiene que tener rostro humano.** ¡No, a la economía sin rostro! Y en sus manos está la posibilidad de ofrecer un trabajo a muchas personas y dar así una esperanza a tantas familias. Traer el pan a casa, ofrecer a los hijos un techo, ofrecer salud y educación, son aspectos esenciales de la dignidad humana, y los empresarios, los políticos, los economistas, deben dejarse interpelar por ellos. Les pido que no cedan a un modelo económico idolátrico que necesita sacrificar vidas humanas en el altar del dinero y de la rentabilidad. En la economía, en la empresa, en la política, lo primero siempre es la persona y el hábitat donde vive.

Con justa razón, **Paraguay es conocido en el mundo por haber sido la tierra donde comenzaron las Reducciones**, una de las experiencias de evangelización y organización social más interesantes de la historia. En ellas, el Evangelio fue alma y vida de comunidades donde no había hambre, no había desocupación ni analfabetismo ni opresión. **Esta experiencia histórica nos enseña que una sociedad más humana también hoy es posible.** Ustedes la vivieron en sus raíces acá. ¡Es posible! Cuando hay amor al hombre, y voluntad de servirlo, es posible crear las condiciones para que todos tengan acceso a los bienes necesarios, sin que nadie sea descartado. Buscar en cada caso las soluciones por el diálogo.

4. En la cuarta pregunta, he respondido con esto de una economía toda en función de la persona y no en función del dinero. La señora, la empresaria, hablaba de la poca efectividad de ciertos caminos. Y mencionaba uno que yo había mencionado en la *Evangelii gaudium*, que es el populismo irresponsable, ¿no es cierto? Y parece que no dan efecto, ¿no? Y hay tantas teorías, ¿no? ¿Cómo hacerlo? Creo que con esto que digo de una economía con rostro humano está la inspiración para responder a esa pregunta.

La cultura de los pueblos

5. En la quinta pregunta creo que la respuesta está dada a lo largo de lo que dije cuando hablé de las culturas. O sea, **hay una cultura ilustrada**, que es cultura y es buena y hay que respetarla, ¿cierto? Hoy, por ejemplo, en una parte del ballet, se tocó música de una cultura ilustrada y buena. Pero hay otra cultura, **que tiene el mismo valor, que es la cultura de los pueblos, de los pueblos originarios, de las diversas etnias.** Una cultura que me atrevería a llamarla –pero en el buen sentido– una **cultura popular. Los pueblos tienen su cultura y hacen su cultura.** Es importante ese trabajo por la cultura en el sentido más amplio de la palabra. No es cultura solamente haber estudiado o poder gozar de un concierto, o leer un libro interesante, sino también es cultura mil cosas. Hablaban del tejido de Ñandutí. Por ejemplo, eso es cultura. Y es cultura nacida del pueblo. Por poner un ejemplo, ¿cierto?

Justicia nítida y corrupción.

Y hay dos cosas que, antes de terminar, quisiera referirme. Y en esto, como hay políticos aquí presentes, –incluso está el Presidente de la República–, lo digo fraternalmente, ¿no? Alguien me dijo: “Mire, “fulano de tal” está secuestrado por el ejército, ¡haga algo!”. Yo no digo si es verdad, si no es verdad, si es justo, si no es justo, pero uno de los métodos que tenían las ideologías **dictatoriales del siglo pasado, a las que me referí hace un rato, era apartar a la gente, o con el exilio o con la prisión o, en el caso de los campos de exterminio, nazis o estalinistas**, la apartaban con la muerte, ¿no? Para que haya una verdadera cultura en un pueblo, una cultura política y del bien común, rápido juicios claros, juicios nítidos. Y no sirve otro tipo de estratagema. **La justicia nítida, clara.** Eso nos va a ayudar a todos. Yo no sé si acá existe eso o no, lo digo con todo respeto. Me lo dijeron cuando entraba. Me lo dijeron acá. Y que pidiera por no sé quién. No oí bien el apellido.

Y después está otra cosa que también por honestidad quiero decir: un método que no da libertad a las personas para asumir responsablemente su tarea de construcción de la sociedad, y es el chantaje. **El chantaje siempre es corrupción:** “Si vos hacés esto, te vamos a hacer esto, con lo cual te destruimos”. La corrupción es la polilla, es la gangrena de un pueblo. Por ejemplo, ningún político puede cumplir su rol, su trabajo, si está chantajeado por actitudes de corrupción: “Dame esto, dame este poder, dame esto o, si no, yo te voy a hacer esto o aquello”. Eso que se da en todos los pueblos del mundo, porque eso se da, si un pueblo quiere mantener su dignidad, tiene que desterrarlo. Estoy hablando de algo universal.

Y termino. Para mí es una gran alegría ver la cantidad y variedad de asociaciones que están comprometidas en la construcción de un Paraguay cada vez mejor y próspero, pero, si no dialogan, no sirve para nada. Si chantajea, no sirve para nada. Esta multitud de grupos y personas son como **una sinfonía, cada uno con su peculiaridad y su riqueza propia, pero buscando la armonía final**, la armonía, y eso es lo que cuenta. Y no le tengan miedo al conflicto, pero háblenlo y busquen caminos de solución.

Amen a su patria, a sus conciudadanos y, sobre todo, amen a los más pobres. Así serán ante el mundo un testimonio de que otro modelo de desarrollo es posible. Estoy convencido, por la propia historia de ustedes, de que tienen la fuerza más grande que existe: su humanidad, su fe, su amor. Ese ser del pueblo paraguayo que lo distingue tan ricamente entre las naciones del mundo.

Y pido a la Virgen de Caacupé, nuestra Madre, que los cuide, que los proteja, que los aliente en sus esfuerzos. Que Dios los bendiga y recen por mí. Gracias.

(Después de la canción)

Estas palabras son para ti.

Un consejo, como despedida, antes de la bendición. Lo peor que les puede pasar a cada uno de ustedes cuando salgan de aquí es pensar: “Qué bien lo que le dijo el Papa a fulano, a sultano, a aquél otro”. Si alguno de ustedes acepta pensar así –porque el pensamiento suele venir, a mí también me viene a veces–, pero hay que rechazarlo: **“¿El Papa a quién le dijo eso?” –“A mí”**. Cada uno, quien sea: “A mí”. Y los invito a rezar a nuestro Padre común, todos juntos, cada uno en su lengua: Padre nuestro...

Síntesis final del papa Francisco

Tomada de su libro “Soñemos juntos” (2020) pg. 122-144.

Los populismos que pretenden defender “la cultura cristiana”

Detrás del ascenso de la política populista en los últimos años existe una verdadera angustia: muchas personas se sienten de-jadas de lado por la gigantesca e implacable tecnocracia globalizada. Los populismos se describen con frecuencia como una protesta contra la globalización, aunque más bien se trata de una protesta contra la globalización de la indiferencia. **En el fondo reflejan el dolor por la pérdida de raíces y de comunidad** y un sentido generalizado de angustia. Sin embargo, los populismos generan miedo y siembran pánico; son la explotación de esa angustia popular, no su remedio. **La retórica, a menudo cruel, de los dirigentes populistas que denigran al «otro» para defender la identidad** nacional o de un grupo, revela su espíritu. Es uno de los medios que usan los políticos ambiciosos para llegar al poder.

Escuchar a algunos de los dirigentes populistas hoy me hace recordar la década de **1930, cuando algunas democracias colapsaron en dictaduras**, aparentemente de un día para otro. Al convertir al pueblo en una categoría de exclusión — amenazada de todos lados por enemigos internos y externos—, el término se vació de contenido. Lo vemos en las concentraciones donde dirigentes populares incitan y arengan a la multitud, **canalizando su resentimiento y sus odios** contra supuestos enemigos para distraer a la gente de los problemas reales.

En nombre del pueblo, el populismo niega la justa participación de los actores que lo conforman, dejando que sea un determinado grupo el intérprete auténtico del sentir popular. **El pueblo deja de ser pueblo y se convierte en una masa** inerte manipulada por un partido o un demagogo. Las dictaduras casi siempre comienzan así: siembran el miedo en el corazón del pueblo, para luego ofrecer defenderlo de lo que teme a cambio de negarle el poder para determinar su propio futuro. Por ejemplo, **una fantasía del nacionalpopulismo en países de mayorías cristianas es defender la «civilización cristiana»** de supuestos enemigos, ya sea el islam, los judíos, la Unión Europea o las Naciones Unidas. Esta defensa resulta atractiva para aquellos que a menudo ya no son creyentes

pero que consideran la herencia de su nación como una identidad. Aumentan sus miedos y su pérdida de identidad, al mismo tiempo que baja su participación en las iglesias.

La pérdida de la relación con Dios y la pérdida del significado de la fraternidad universal han contribuido a este sentido de aislamiento y de temor por el futuro. Entonces, personas no creyentes o superficialmente religiosas votan para que los populistas protejan su identidad religiosa, sin tener en cuenta que el miedo y el odio al otro son incompatibles con el Evangelio.

El corazón del cristianismo es el amor de Dios por todos los pueblos y nuestro amor por el prójimo, especialmente por los necesitados. **Rechazar a un migrante en dificultades, sea este de la confesión religiosa que sea, por miedo a diluir nuestra cultura «cristiana» es una grotesca falsificación tanto del cristianismo como de la cultura.** La migración no es una amenaza para el cristianismo, salvo en la imaginación de aquellos que se benefician pretendiéndolo. Promover el Evangelio y no acoger al extranjero necesitado ni afirmar su humanidad como hijo de Dios es querer fomentar una cultura cristiana solamente de nombre; vacía de toda su novedad.

La dignidad y la esperanza está en las periferias

Para recuperar la dignidad del pueblo necesitamos ir a la periferia a encontrarnos con todos aquellos que viven en los márgenes de nuestras sociedades. Allí se esconden perspectivas capaces de regalarnos un nuevo comienzo. No podemos soñar el futuro ignorando y no capitalizando las vivencias prácticamente de un tercio de la población mundial.

Me refiero a aquellas **personas y familias que viven sin trabajo estable, en la periferia de la economía de mercado.** Son campesinos sin tierra y pequeños agricultores, pescadores de subsistencia y trabajadores explotados de fábricas clandestinas, recolectores de basura y vendedores ambulantes, artistas callejeros, villeros y ocupantes ilegales. En los países desarrollados son los que viven de las changas, sin lugar fijo, sin vivienda adecuada, con acceso limitado al agua potable y a la comida sana: tanto ellos como sus familias sufren todo tipo de vulnerabilidad.

Lo interesante es que, si logramos acercarnos y dejamos los estereotipos de lado, podemos descubrir que muchos de ellos están lejos de ser solo víctimas pasivas. **Organizados en un archipiélago global de asociaciones y movimientos, son la esperanza de la solidaridad en una era de exclusión e indiferencia.** En la periferia pude descubrir movimientos sociales, parroquiales, educativos, capaces de nuclear a las personas, volverlas protagonistas de sus propias historias y poner en marcha dinámicas con sabor a dignidad. Asumen la vida como se presenta, y no bajan los brazos en una actitud de lamento y resignación, sino que se nuclean buscando transformar la injusticia en una posibilidad: los llamo poetas sociales. **En su movilización por el cambio, en su búsqueda de dignidad, veo una fuente de energía moral,** una reserva de pasión cívica capaz de revitalizar nuestra democracia y de reorientar la economía.

La Iglesia nació precisamente aquí, en la periferia de la Cruz donde se encuentran tantos crucificados. Si la Iglesia se desentiende de los pobres, deja de ser la Iglesia de Jesús y re-vive las viejas **tentaciones de convertirse en una élite intelectual o moral.** El único calificativo para la Iglesia que se vuelve extraña para los pobres es «escándalo». El camino a las periferias geográficas y existenciales es el camino de la Encarnación: Dios eligió la periferia como lugar para revelar, en Jesús, su acción salvadora en la historia.

Los movimientos populares: “un ejército invisible”

Esto me impulsó a apoyar **los movimientos populares**. Cuando recibí a dirigentes de más de un centenar de los movimientos en el Vaticano en encuentros celebrados en 2014 y 2016, y en 2015 en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, me dirigí a ellos y pude dialogar con ellos. Estos Encuentros Mundiales abordaron el tema de la necesidad de cambiar para que el pueblo tenga acceso a **las tres «T»: tierra, techo, trabajo**.

Durante la cuarentena les mandé una carta a los dirigentes de los movimientos populares para expresarles mi cercanía y alentarlos. Era consciente de que no solo estaban excluidos de las posibilidades de trabajo, sino que por su informalidad que daban fuera del alcance de medidas gubernamentales que protegen los empleos y la subsistencia de sus ciudadanos. Los describí como **un «ejército invisible»** en la primera línea de combate de esta pandemia, un ejército cuyas únicas armas son la solidaridad, la esperanza y el sentido de comunidad, que trabaja incansablemente por sus familias, barrios y el bien común.

Para aclarar: no es la Iglesia la que está «organizando» al pueblo. Son organizaciones que ya existen —algunas cristianas, otras no—. **Me gustaría que la Iglesia abriera más sus puertas a los movimientos populares**; espero que todas las diócesis del mundo tengan una colaboración sostenida con ellos, como algunas ya la tienen. Pero mi papel y el de la Iglesia es acompañarlos, no paternalizarnos: o sea, ofrecer enseñanzas y guía, pero **nunca imponer una doctrina o intentar controlarlos**. La Iglesia ilumina con la luz del Evangelio, despertando a los pueblos a su propia dignidad, pero **son los pueblos quienes tienen el «olfato» para organizarse a sí mismos**.

Lo vio como Arzobispo de Buenos Aires: La multitud seguía a Jesús.

Mi convicción de que estos movimientos populares están generando algo fuerte viene de **mi experiencia como arzobispo de Buenos Aires**. Después de conocer a una organización que trabajaba para liberar a las víctimas del tráfico humano y otras formas modernas de esclavitud, celebré una **misa al aire libre en la plaza Constitución** en el mes de julio, destinada sobre todo a las personas explotadas de la periferia. Estas misas, con el tiempo, se convirtieron en un lugar de encuentro para miles de personas que venían a rezar, a pedirle a Dios lo que necesitaban.

Allí, en esa multitud orante, sentí el Buen Espíritu. No hablo de multitud en el sentido anónimo de masa. **Tampoco me refiero al tipo de organización que piensa y habla en nombre de los pobres, sino al pueblo de Dios**, capaz de unirse para rezar por el dolor de sus hijos. Esa muchedumbre uniéndose para rezar es capaz de recordarle a la ciudad que dejó de llorar por el sufrimiento de sus hijos y que naturalizó el pecado. La voz cantante es la voz del Espíritu, que quiere renovar la profecía que como Iglesia estamos llamados a no callar.

No le toca a la Iglesia organizar todas las acciones, pero sí debe impulsar, acompañar y sostener a quienes las llevan adelante. Todo lo contrario de como piensan **las élites de cualquier signo: «todo para el pueblo, nada con el pueblo»**, al que suponen ignorante y sin rostro. No es cierto. **El pueblo sabe lo que quiere y lo que necesita; tiene olfato**.

Lo que encontré en la plaza Constitución fue una multitud que me recordaba a la **multitud que seguía al Señor: el pueblo humilde** que se quedaba horas escuchando a Jesús hasta que oscurecía, y no sabían qué hacer. La multitud que seguía a Jesús no era una masa de personas hipnotizadas por

uno que hablaba lindo, sino un pueblo con historia, que tenía una esperanza y custodiaba una promesa.

El pueblo siempre lleva una promesa en su corazón: una invitación que lo hace caminar hacia algo que desea, pese a la marginalidad que sufre. La predicación de Jesús les evocaba promesas antiguas que llevaban en sus entrañas, en su sangre: **una conciencia ancestral de la cercanía de Dios y de su propia dignidad**. Al mostrarles esa cercanía en el modo en que les habló, los tocó y los sanó, Jesús demostraba que esa cercanía era real. Les abrió un camino de esperanza en el futuro, **un camino de liberación que no era meramente política sino algo más**: la liberación humana que confería esa dignidad que solo el Señor nos puede regalar.

Por eso seguían a Jesús. Él les daba dignidad. En la escena tan fuerte del diálogo de Jesús a solas con la adúltera, después de que se van los acusadores, **Jesús la unge con dignidad** y le dice: «Vete, y en adelante no peques más» (Juan 8, 11). Para Jesús, toda persona es capaz de dignidad, tiene valor. **Jesús restituye el verdadero valor de cada uno y del pueblo porque es capaz de ver con los ojos de Dios**: «Vio que era bueno» (Génesis 1, 31).

Para hacer esto, **tuvo que rechazar la visión de las élites religiosas** de la época que se habían apoderado de la ley y de la tradición. La posesión de los bienes de la religión se había convertido en un medio para ponerse por encima de los demás, de los que no eran como ellos, inspeccionándolos y juzgándolos. **Mezclándose** con los cobradores de impuestos y las «mujeres de mala fama», **Jesús recuperó la religión aprisionada de los ambientes de las élites**, del conocimiento especializado y de las familias privilegiadas para volver a toda persona y toda situación capaz de Dios (*capax Dei*). Caminando con los po-bres, los rechazados, los marginados, derribó el muro que impedía al Señor estar cerca de su pueblo, en medio de su rebaño.

Al mostrar a los pobres y pecadores la cercanía de Dios, Jesús denunció la mentalidad que pone la confianza en la autojustificación, ignorando lo que pasa a su alrededor. Cuestiona el tipo de mentalidad que, en su peor manifestación, lleva al uso de términos racistas, denigrantes a todos aquellos que no pertenecen a determinado grupo, que pinta a los migrantes como una amenaza y construye muros para dominar y excluir.

Los cartoneros de Buenos Aires

Lo que vi en la gente que se juntaba en la plaza Constitución era la multitud que seguía a Jesús: tenía dignidad y se organizaba. Llevaban con ellos la dignidad que la cercanía de Dios les había revelado. Entre ellos estaban los cartoneros, los hombres y niños que recorren las calles por la noche en busca de cartón y otros materiales para vender a los recicladores. Los cartoneros **surgieron del colapso económico argentino de los años 2001 y 2002**. Se los veía por las calles tirando de enormes bolsas con el material que recogían. Recuerdo que una noche vi un carro tirado por lo que pensé era un caballo, pero cuando me acerqué vi que eran dos niños, menores de doce años. Las leyes municipales prohibían el uso de medios de transporte a tracción animal, pero al parecer **un niño valía menos que un caballo**.

Con el tiempo, decenas de miles de cartoneros, con su sentido de dignidad, se fueron armando y consiguieron el derecho a la remuneración y la protección. Vos podés pensar: para eso están los sindicatos. Normalmente los sindicatos concentran su accionar en los trabajadores formales y buscan ampararlos y acompañar un trabajo digno. Pero, lamentablemente, **hoy día no son muchos los sindicatos que están pendientes de la periferia**. Muchos están alejados de la periferia de la sociedad.

Después de conocer a los cartoneros, **me fui una noche con ellos mientras hacían su recorrida**. Iba vestido de civil, sin la cruz pectoral de obispo; sólo los dirigentes sabían quién era. Vi cómo trabajaban, cómo vivían de las sobras de la sociedad, reciclando lo que la sociedad descartaba, y vi también cómo algunas élites los identificaban con las sobras. Al recorrer la ciudad con ellos por la noche pude ver la ciudad con sus ojos y percibir la indiferencia que sufrían, esa indiferencia que se vuelve violencia silenciosa y educada.

Vi el rostro de la cultura del descarte. Pero también vi la dignidad de los cartoneros: cómo se esfuerzan en su trabajo para mantener a su familia y dar de comer a sus hijos, cómo trabajan juntos, como una comunidad. Al organizarse entra-ron en su propia dinámica de conversión, un reciclaje de sus propias vidas. Y en el proceso cambiaron la manera en que los argentinos veían la basura, ayudándolos a comprender el valor de reusar y reciclar.

No idealizo a los cartoneros: tienen sus peleas, conflictos y aquellos que se quieren aprovechar de los demás, como los hay en todos los estratos de la sociedad. Pero me conmovió su solidaridad y hospitalidad: cómo, cuando uno de ellos lo necesitaba, se unían todos por el bien de su familia. Los cartoneros son un ejemplo de un pueblo en la periferia que se organiza para sobrevivir, y ejemplifica la dignidad que es la impronta de los movimientos populares.

Los descartados se organizan

Cuando los descartados se organizan, no en pro de una ideología o para ganar poder, sino para que sus familias tengan acceso a las tres «T» de una vida digna —la tierra, el techo y el trabajo—, podemos decir que aquí hay un signo, una promesa, una profecía. Por eso, como papa, he animado a, y caminado junto con, los movimientos populares de todo el mundo dirigiéndome a ellos, por ejemplo, en una reunión en Modesto, California, en febrero de 2017, organizada por la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos y PICO, una red nacional de organizaciones comunitarias.

En cada reunión les he dicho que **revertir el proceso de deshumanización en el mundo actual dependerá de la participación de los movimientos populares**. Son sembradores de futuro, promotores del cambio que necesitamos: poner la economía al servicio del pueblo para construir paz y justicia y defender la Madre Tierra.

La salud de una sociedad puede juzgarse por su periferia. Una periferia abandonada, ninguneada, despreciada y descartada apunta a una sociedad inestable y malsana que no va a sobrevivir mucho tiempo sin grandes reformas. Cito nueva-mente a Hölderlin: «Allí donde está el peligro, crece también lo que salva». Desde los bordes llega la esperanza de restituir la dignidad del pueblo. Esto es válido no solo para la periferia de la pobreza y la privación, sino para todas las periferias creadas por la persecución religiosa o ideológica y los demás tipos de brutalidad. Al abrirnos a la periferia, a las organizaciones populares, impulsamos el cambio.

Abrazar la periferia es ampliar nuestros horizontes para ver con mayor claridad y amplitud. Necesitamos recuperar la sabiduría que esconden nuestros barrios y que puede visibilizarse en los movimientos populares. **Desestimar los movimientos populares como «pequeños» y «locales» es un error;** sería no ver su vitalidad y relevancia. Los movimientos populares tienen el potencial de revitalizar nuestras sociedades, rescatándolas de todo aquello que hoy las vuelve débiles.

Los **encuentros con los movimientos populares en el Vaticano** y en otras partes permitieron potenciar una agenda para el cambio que ya venían desarrollando. Abogaron por un es-tilo de vida

que recupera el valor de toda vida, la solidaridad y el respeto por la naturaleza como valores esenciales, que se compromete a la alegría de «vivir bien» en vez del «bienestar» complaciente y egoísta que nos vende el mercado y nos termina aislando y encerrando en nuestros pequeños mundos.

Hicieron un llamado para una **vivienda y trabajo dignos y el acceso a la tierra** de los pequeños productores; **para la integración de barrios urbanos pobres** en la vida de la ciudad; para **erradicar la discriminación y la violencia contra la mujer**; para acabar con todas las formas de esclavitud; para **poner fin a la guerra, el crimen organizado y la represión**; para **reforzar la libertad de expresión y la comunicación democráticas**; y para asegurar **que la ciencia y la tecnología estén al servicio** del pueblo.

Nada de esto puede suceder si no hay un cambio en cada comunidad. A su vez, esto solo puede suceder mediante acciones concretas, donde todos sean protagonistas, acciones que nacen del ver, juzgar y actuar: percibiendo la necesidad, discerniendo qué camino seguir y construyendo consenso para la acción.

Habrán tentaciones que nos distraerán: quedarnos rumiando la impotencia e indignación, atascarnos en conflictos y quejas, enfocarnos en lemas e ideas abstractas en lugar de acciones específicas y locales. No hay que ser ingenuos: siempre estará el **peligro de la corrupción**. Por eso, para unirse a la causa y al estilo de los movimientos populares se necesita humildad y un poco de austeridad personal; es un camino de servicio, no una ruta al poder. A quienes les gustan, por ejemplo, los banquetes y los autos de lujo, y así otras cosas, no se metan en los movimientos populares ni en política (y, por favor, tampoco en el seminario). Un estilo de vida sobrio, humilde, dedicado al servicio vale mucho más que miles de seguidores en las redes sociales.

Nuestro mayor poder no es el respeto que los otros nos tienen, sino **el servicio** que podemos ofrecer a los demás. En **cada acción que hacemos por los otros**, sentamos las bases para restaurar la dignidad de nuestros pueblos y comunidades, y así permitirnos sanar, cuidar y compartir mejor. Estas acciones nos tienen que involucrar a todos, pero los **dirigentes políticos y empresariales pueden hacer mucho para facilitar** estas prioridades, que no son otras que las necesidades del pueblo del que son parte.

Para ayudarnos a visualizar este futuro mejor, podemos pensar en esas tres «T» que los movimientos populares pro-mueven. Si ponemos la tierra, el techo y el trabajo dignos para todos en el centro de nuestras acciones, podremos crear un círculo virtuoso que, con el tiempo, nos ayude a restaurar la dignidad.

Tierra

Somos seres que **pertenecemos a la tierra** y no podemos vivir solamente a expensas de ella; tenemos una relación de reciprocidad. Urge un jubileo, un tiempo en que aquellos que **tienen de sobra consuman menos** para que la tierra sane y un tiempo para que los excluidos encuentren su lugar en nuestras sociedades. La **pandemia y la crisis económica ofrecen una oportunidad para examinar nuestros estilos de vida**, cambiar los hábitos destructivos y encontrar maneras más sustentables de producir, comerciar y transportar los bienes.

También podemos comenzar a implementar **una con-versión ecológica** en todos los niveles de la sociedad, **como propuse en *Laudato Si'***: pasando de los combustibles fósiles a la energía renovable;

respetando o implementando la biodiversidad; garantizando el acceso al agua limpia; adoptando estilos de vida más sobrios; cambiando nuestra comprensión del valor, el progreso y el éxito teniendo en cuenta el impacto de nuestras empresas en el medio ambiente. Como comunidad mundial necesitamos comprometernos con **los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS)** de las Naciones Unidas para el año 2030. Aprovechemos los próximos años para practicar una ecología integral, para que el principio de regeneración ecológica configure las decisiones que tomamos a todos los niveles.

Esto significa examinar con actitud crítica el impacto de nuestros métodos industriales en el ambiente y de los agronegocios en los pequeños productores. Se necesita poner **más tierra a disposición de pequeños agricultores** para que puedan producir para el consumo local con métodos orgánicos y sustentables. Nuestras chacras necesitan producir no solo alimentos, sino suelos sanos y biodiversidad.

Los bienes y los recursos de la tierra son destinados a todos. El aire fresco, el agua limpia y una dieta equilibrada son vitales para la salud y el bienestar de nuestros pueblos. Pon-gamos la regeneración de la tierra y el acceso universal a sus bienes en el centro de nuestro futuro post-Covid.

Techo

Por «techo» me refiero, obviamente, **a las casas donde vivimos**; pero en un sentido más amplio, también a nuestro **hábitat general**.

La concentración en las ciudades es cada vez mayor y lo que suceda con ellas será clave para el futuro de nuestra civilización. Es difícil ser conscientes de nuestra dignidad, cuando estamos sumergidos en **centros urbanos sin alma**, sin historia. Es difícil hablar de pertenencia y corresponsabilidad si pensamos en grandes superficies urbanas que promueven el **anonimato, la soledad y la orfandad**. La degradación de nuestro entorno urbano es un signo del agotamiento cultural. Cuando nuestro entorno es caótico, fragmentado o saturado de ruido y fealdad, es difícil ser feliz y hablar de dignidad.

Restaurar la dignidad de nuestros pueblos significa prestar atención a nuestro *oikos*, o sea, a nuestra casa común. Hay mucho por hacer para **humanizar nuestro entorno urbano**: crear, cuidar y potenciar áreas comunes y espacios verdes, asegurar viviendas sustentables y adecuadas para las familias, desarrollar sistemas de transporte público de calidad que reduzcan la contaminación y el ruido y que favorezcan una movilización ágil y segura. Urge, sin embargo, **dignificar las zonas periféricas de nuestras ciudades**, integrándolas por medio de políticas sociales capaces de reconocer y valorar el aporte cultural que allí se gesta. **Transformando así nuestras ciudades se genera riqueza cultural y social** que posibilite y estimule también el cuidado del medio ambiente.

Pero todos estos esfuerzos deben ser **conducidos por los agentes locales**, desde su propia cultura, apoyados por el Estado, sí, pero respetando siempre la voz y el accionar de los habitantes del lugar y sus instituciones. La meta debe ser generar **redes de pertenencia y solidaridad** que prosperen, restaurando los vínculos de la comunidad y la fraternidad, animando la participación de las instituciones arraigadas en la comunidad. Cuando las organizaciones actúan juntas, trascendiendo las fronteras de creencia y etnicidad para lograr objetivos concretos para la comunidad, entonces podemos decir que se ha reivindicado el alma de nuestros pueblos.

Trabajo

Dios nos dio la tierra para cuidar y labrar. Nuestro trabajo es condición fundamental para nuestra dignidad y bienestar. No es privilegio exclusivo de los empleados ni de los empleadores, sino un derecho y un deber para todos los hombres y mujeres.

¿Cómo será nuestro futuro cuando el cuarenta o cincuenta por ciento de los jóvenes no tenga trabajo, como sucede ahora en algunos países? **El pueblo puede necesitar en algunos momentos asistencias especiales, pero no vivir del asistencialismo;** necesita una vida digna ganada con su trabajo para mantener a su familia y desarrollarse como personas en primer lugar, pero también para enriquecer su entorno y a su comunidad. El trabajo es la capacidad que el Señor nos regaló para ser parte con nuestras manos de su misma acción creadora. **Trabajando somos forjadores de creación.**

De ahí que como sociedad tenemos que asegurar que **el trabajo sea no solo una manera de ganar dinero, sino de expresión, participación y construcción del bien común.** Priorizar el acceso al trabajo debe convertirse en meta central de las políticas públicas de una nación.

Muchos términos en el mundo de los negocios sugieren el objetivo fraternal de la actividad económica que hoy debemos restablecer: por ejemplo, compañía proviene de compartir juntos el pan; corporación significa la integración al cuerpo. Los negocios no son solamente una iniciativa privada; deben servir al bien común. **Común proviene del latín cummunus: «cum» significa juntos y «munus» es un servicio** dado como regalo o como sentido del deber. Nuestro trabajo engloba tanto la dimensión individual como la común. Es una fuente de crecimiento personal y también clave para restaurar la dignidad de nuestros pueblos.

Con demasiada frecuencia lo entendemos totalmente al revés: a pesar del hecho de que crean valor, **los trabajadores son tratados como un elemento descartable de la empresa,** mientras que algunos accionistas —con su interés limitado a maximizar las ganancias— llevan la voz cantante. Nuestra definición del valor del trabajo también es demasiado restrictiva. Hay que superar esta idea de que el trabajo de los que cuidan a un familiar, o de una madre a tiempo completo, o de un voluntario en un proyecto social que asiste a cientos de niños, no es trabajo porque no recibe un salario.

Reconocer como sociedad el valor del trabajo no remunerado es vital para nuestro repensar el mundo post-Covid. Por eso creo que es hora de explorar conceptos como el **ingreso básico universal (IBU), también conocido como el «impuesto negativo a la renta»:** un pago fijo incondicional a todos los ciudadanos, que podría distribuirse a través del sistema impositivo.

El IBU puede redefinir las relaciones en el mercado laboral, garantizándoles a las personas la dignidad de rechazar condiciones de empleo que las encadenan a la pobreza. Le daría a la gente la seguridad básica que necesita, eliminando el estigma del asistencialismo, y le facilitaría el cambio de un trabajo a otro, como lo exigen cada vez más los imperativos tecnológicos en el mundo laboral. Políticas como **el IBU también pueden ayudar a las personas a combinar tiempo dedicado a trabajo remunerado con tiempo para la comunidad.**

Con el mismo objetivo, probablemente sea también el momento para considerar una **reducción en el horario de trabajo, con el ajuste salarial correspondiente,** lo que paradójicamente puede aumentar la productividad. Trabajar menos **para que más gente tenga acceso al mercado laboral** es un aspecto que necesitamos explorar con cierta urgencia.

Al integrar a los pobres y el cuidado de nuestro medio ambiente como objetivos centrales de la sociedad, podemos generar trabajo y humanizar nuestro entorno. Al ofrecer un ingreso básico universal, liberamos a las personas y les garantizamos que puedan trabajar dignamente en función de su comunidad. Al adoptar **métodos agroecológicos** más intensivos para producir alimentos, regeneramos el mundo natural, creamos trabajo y biodiversidad y vivimos mejor.

Todo esto significa **tener metas de bien común para el desarrollo humano**, en vez de los falsos supuestos de la famosa teoría del derrame de que una economía en crecimiento nos hará más ricos a todos. **Al enfocarnos en la tierra, el techo y el trabajo recuperamos una relación sana con el mundo y crecemos al servicio de los otros.**

Y de este modo **trascendemos la mezquina mentalidad individualista del paradigma liberal, sin caer en la trampa del populismo.** La democracia se revitaliza gracias a las inquietudes y a la sabiduría del pueblo que la constituye. La política puede volver a ser una expresión de amor a través del servicio. Al poner la restauración de la dignidad de nuestros pueblos como objetivo central en el mundo post-Covid, hacemos que la dignidad de todos sea la clave de nuestro accionar. Garantizar un mundo donde la dignidad sea valorada y respetada por mediaciones muy concretas no es solo un sueño, sino **un camino para un futuro mejor.**